

Mo Yan
Cambios



se

«Cambios» es la obra más personal del Premio Nobel de Literatura 2012, cuarenta años de historia de China vistos por un niño que se hace mayor en un mundo demasiado estrecho. Esta es en definitiva la vida de su autor, un hijo de campesinos que sueña con ser camionero, un obrero y un militar, un escritor que desde lo más alto recuerda su infancia.

Con el tono abierto de una confesión entre amigos, Mo Yan teje la historia popular de un país en permanente transformación, el retrato de la gente común y los gestos cotidianos; como la rebeldía de su compañero de clase, He Zhiwu, que no reconoce principio de autoridad alguno, o la tozudez de Lu Wenli, una chica acostumbrada a tomar siempre la decisión correcta pero que la lleva por el camino equivocado.

Una rara joya literaria, una feliz coincidencia y una ventana privilegiada que nos descubre quién es realmente el nuevo Premio Nobel de Literatura. Considerado por muchos el Kafka, Faulkner o García Márquez chino, Mo Yan es ante todo un autor de «*sorprendente autenticidad*». (Time), «*uno de los grandes novelistas de hoy en día*». (Le Monde).



Mo Yan

Cambios

ePub r1.1

bigbang951 11.07.14

Título original: *Bian*

Mo Yan, 2010

Traducción: Anne-Hélène Suárez Girard

Diseño: Sunandini Banerjee

Editor digital: bigbang951

ePub base r1.1



1

Se supone que debería escribir sobre lo acontecido a partir de 1979, pero mis pensamientos franquean ese límite y vuelan hasta esa tarde otoñal de 1969 en que resplandecía el sol, brillaban los crisantemos amarillos y los gansos salvajes iban hacia el sur. En ese punto, mis recuerdos se fusionan conmigo, y mi memoria deviene mi yo de entonces: un niño solo que había sido expulsado de la escuela pero que, atraído por el bullicio del patio, temeroso y encogido, se deslizaba por la entrada sin portero, recorría un largo pasillo oscuro y desembocaba en el centro mismo de la escuela, un patio rodeado de edificios por los cuatro costados. A la izquierda había un poste de roble con un travesaño sujeto con alambre del que pendía una campana de hierro oxidada. A la derecha, una sencilla mesa de ping-pong hecha de cemento y ladrillos; alrededor, un grupo miraba jugar a dos contrincantes. De allí venía el bullicio.

Eran las vacaciones de otoño en la escuela del pueblo, y casi todos los espectadores eran profesores; sólo había unas cuantas alumnas, muy guapas. Eran de la selección de ping-pong formada en la escuela y tenían que participar en el torneo de la capital del distrito que iba a celebrarse con ocasión del Día Nacional, de modo que ellas no se habían ido de vacaciones, se habían quedado para los entrenamientos. Todas eran hijas de cargos de la granja estatal; comían

bien, estaban bien desarrolladas, tenían la piel tersa y blanca, y al ser de familias ricas, vestían ropa bonita. Nada más verlas se daba uno cuenta de que no eran de la misma clase social que nosotros, hijos de pobres. Nosotros las admirábamos, ellas en cambio no se dignaban echarnos ni una mirada. Uno de los jugadores era un profesor de matemáticas que yo había tenido. Se llamaba Liu Tianguang. Era rechoncho, pero en cambio tenía una boca enorme donde, según decían, podía meterse su propio puño, aunque nunca realizó esta proeza delante de nosotros —a menudo afloran a mi mente imágenes de él bostezando en la tarima, con esa bocaza abierta de par en par; era un espectáculo imponente—. Así que tenía un mote, «Hipopótamo»; pero como ninguno de nosotros había visto ese animal en la realidad y dado que los sapos también tienen la boca muy grande, y para colmo «hipopótamo» (*hema*) y «sapo» (*hama*) en chino se pronuncian de manera parecida, Liu el Hipopótamo pasó —es de sentido común— a llamarse Liu el Sapo. La idea no había sido mía, pero él estuvo haciendo sus pesquisas y llegó a la conclusión de que yo era el culpable. Liu el Sapo era hijo de un héroe de guerra, y además presidente del comité revolucionario de la escuela; ponerle un mote era un delito grave; así, el que me expulsaran de la escuela y me pusieran en volandas de patitas en la calle era lógico e inevitable.

Yo era muy poca cosa, un desgraciado desde la infancia, especialista en pasarme de listo para acabar metiendo la pata en todo. A menudo, cuando trataba claramente de hacer la pelota a algún profesor, este creía que en realidad estaba intentando comprometerlo o meterlo en apuros. Cuántas veces exclamó mi madre: «¡Hijo mío, eres como el búho anunciando una buena nueva: por mucho que se esfuerce, a nadie alegra!», y era verdad. A nadie se le ocurría nunca relacionarme con una buena acción; en cambio, todo lo malo era culpa mía.

Mucha gente creía que yo era un rebelde, que ideológicamente dejaba mucho que desear, que odiaba la escuela y a los profesores, lo cual era completamente falso. De hecho, abrigaba sentimientos profundos hacia la escuela, y aún más especiales hacia el profesor Liu el Bocaza, porque yo era un niño con la boca muy grande. En una de mis novelas, *Bocaza*, el personaje del niño está basado en mí mismo. El profesor Liu y yo, en realidad, éramos compañeros de desgracia, y deberíamos haber simpatizado el uno con el otro, o al menos habernos compadecido mutuamente... Si a alguien no le habría puesto yo nunca un mote era a él; estaba clarísimo, saltaba a la vista, pero él no lo vio. Me agarró por los

pelos y me arrastró hasta su despacho.

—¡Eres...! ¡Eres...! ¡Eres peor que el cuervo que se burla del cerdo por ser negro! —fue lo primero que me dijo tras mandarme al suelo de una patada—. ¿Por qué no echas una meada y te miras en el reflejo? ¡Así verás tu boquita de cereza!

Quise explicarme, pero él no me dejó. Así fue como un buen niño que abrigaba los mejores sentimientos hacia el profesor Liu el Bocaza —el niño Mo el Bocaza— fue expulsado de la escuela.

Tan poca cosa era yo que, aun sabiendo perfectamente que el profesor Liu había anunciado mi expulsión a todo el mundo por megafonía, a mí la escuela seguía gustándome, y seguía yendo allí todos los días con mi vieja mochila a ver si tenía ocasión de colarme. Al principio, el profesor Liu se ocupaba personalmente de echarme y, cuando me negaba a obedecerle, me agarraba por la oreja o por el pelo y me arrastraba hasta fuera; pero yo volvía a deslizarme dentro antes de que él hubiera regresado a su despacho. Luego mandaba a varios alumnos grandes y robustos para que me ahuyentaran y, si no me iba, me agarraban por los brazos y las piernas, me llevaban hasta fuera y me tiraban a la calle; pero yo ya estaba otra vez en el patio antes de que ellos hubieran vuelto al aula. Siempre me arrimaba a una esquina, encogiéndome con todas mis fuerzas, tanto para no llamar la atención de nadie como para ganarme la simpatía de todos. Allí, en la escuela, los escuchaba charlar y reír, los contemplaba saltar y brincar. Lo que más me gustaba mirar eran los partidos de ping-pong; me resultaban tan apasionantes que a menudo se me llenaban los ojos de lágrimas y me mordía los puños. A la larga ya les dio pereza echarme.

Esa tarde otoñal de hace cuarenta años, estaba yo agazapado en la esquina mirando al profesor Liu el Sapo, que blandía la raqueta de ping-pong que se había hecho él mismo —mayor de lo habitual, con la forma de las palas de cavar que se usan en el ejército—, enfrentándose a la que había sido mi compañera de pupitre, Lu Wenli. Ella también tenía la boca grande, las cosas como son, pero en su caso era proporcionada, no tan desmesurada como la mía o la del profesor Liu.

Incluso en esa época en que una boca grande no era considerada bonita, Lu Wenli pasaba por ser una pequeña belleza. Más aún teniendo en cuenta que su padre era el conductor de la granja estatal y que el vehículo que llevaba era un Gaz 51 de fabricación soviética, imponente y veloz como el rayo. En aquellos

años, la de conductor era una profesión muy distinguida. Una vez, el tutor nos mandó hacer una redacción sobre el tema «Mi ideal», y la mitad de los niños escribieron que querían ser conductores. He Zhiwu, el chico más alto y fuerte de la clase, con la cara llena de acné, bigote incipiente y aspecto de joven de veinticinco años, escribió en su redacción:

«No tengo más ideal que este, un único ideal. Mi ideal es ser el padre de Lu Wenli».

Al profesor Zhang le gustaba leer en voz alta la redacción que le había parecido mejor y la que le había parecido peor. Antes de leerlas, no decía el nombre del autor; después, nos pedía que lo adivináramos. En aquellos tiempos, en el campo, si hablabas mandarín hacías el ridículo, y nuestra escuela no era una excepción. El profesor Zhang era el único que se atrevía a darnos clase en mandarín. Era diplomado de la escuela de magisterio y tendría entonces poco más de veinte años. Tenía el rostro muy delgado, muy largo y muy blanco; llevaba raya al lado y vestía una chaqueta militar azul desteñido. Se sujetaba el cuello con un par de clips sujetapapeles y llevaba manguitos azul marino. Seguro que vistió otros tipos de prenda y de otros colores, no puede ser que durante todo el año, tanto en invierno como en verano, llevara esa ropa; pero en mi memoria su figura está asociada a ese atuendo. Siempre empiezo rememorando los manguitos de los brazos y los clips sujetapapeles del cuello, luego la chaqueta, y sólo entonces paso a visualizar su rostro, sus facciones, su voz, su expresión. Si no siguiera este orden, jamás podría recordar qué aspecto tenía el profesor Zhang. El profesor Zhang de entonces era un pimpollo, como se decía en los años ochenta; un yogurín, como se decía en los noventa; lo que ahora se llamaría... ¿un tío bueno, quizá?

Debe de haber palabras más en boga, más modernas para referirse a un joven apuesto, ya lo comprobaré cuando pueda consultarlo con la hija de los vecinos. A primera vista, He Zhiwu parecía mucho mayor que él. Decir que podría haber sido su padre sería exagerar un poco, pero habría pasado fácilmente por el hermano menor de su padre. Recuerdo que el profesor Zhang leyó la redacción de He Zhiwu con una entonación burlescamente histriónica:

«No tengo más ideal que este, un único ideal. Mi ideal es ser el padre de Lu Wenli».

Tras un instante de estupefacción, el aula se llenó de carcajadas. La redacción

de He Zhiwu sólo tenía esas tres frases. El profesor Zhang sujetaba con dos dedos, por una esquina, el cuaderno de redacciones, agitándolo como si de entre sus páginas fueran a salir anotaciones ocultas.

—¡Genial! ¡Verdaderamente genial! —dijo el profesor Zhang—. ¡A ver quién de vosotros adivina de qué genio es esta obra!

Intrigados, nos pusimos a mirar a diestra y siniestra, sin resultado; luego nos volvimos hacia atrás en busca de ese autor genial. Enseguida todas las miradas convergieron en He Zhiwu. Era el más alto, el más fuerte, y le gustaba meterse con sus compañeros de pupitre, por lo que el profesor Zhang lo había colocado al fondo del aula, solo. Pareció sonrojarse un poco bajo las miradas de toda la clase; pero bien mirado tampoco se sonrojó tanto. En su semblante pareció aflorar una leve turbación, pero bien mirado tampoco se lo veía tan turbado. Incluso parecía bastante satisfecho de sí mismo, puesto que en su rostro se dibujó una sonrisa bobalicona, con visos de travesura y cierto aire taimado. Tenía el labio superior relativamente corto, de modo que, cuando sonreía, se le veían los dientes de arriba, amarillos, con las encías moradas y los incisivos separados. Tenía una habilidad extraordinaria para escupir pequeñas pompas por ese hueco, que tenían su gracia al flotar delante de su cara. Y se puso a echar pompitas. El profesor Zhang le lanzó el cuaderno, que atravesó el aula como un platillo volante y fue a aterrizar delante de Du Baohua, una muy buena alumna, que lo cogió con dos dedos y cara de asco, y lo lanzó hacia atrás.

—He Zhiwu —dijo el profesor Zhang—, explícanos por qué quieres ser el padre de Lu Wenli.

He Zhiwu siguió haciendo pompas.

—¡Levántate! —vociferó el profesor Zhang.

He Zhiwu se levantó con expresión insolente y despreocupada.

—¡Habla! ¿Por qué quieres ser el padre de Lu Wenli?

De nuevo resonaron las carcajadas. En medio de la algarabía, Lu Wenli, que se sentaba a mi lado, se echó a llorar sobre el pupitre.

Todavía hoy no entiendo por qué lloraba.

He Zhiwu, con creciente arrogancia, siguió sin contestar a la pregunta del profesor. El llanto de Lu Wenli complicó lo que había empezado siendo una nimiedad. La actitud de He Zhiwu era un desafío a la dignidad del profesor Zhang. Imaginé que, de haber sabido el cariz que acabaría tomando el asunto, el

profesor Zhang no habría leído en voz alta y delante de todos nosotros la redacción de He, pero «flecha disparada no tiene vuelta atrás», de modo que no le quedó más remedio que aguantar el tipo.

—¡Largo de aquí!

Nuestro genial compañero He Zhiwu, que era todavía más alto que nuestro profesor, abrazó la mochila, se tumbó en el suelo, se hizo un ovillo y echó a rodar por el pasillo de aproximadamente un metro de ancho que había entre las mesas. Nuestras carcajadas se extinguieron apenas proferidas. El ambiente en el aula había cobrado una gravedad que ya no admitía risas, debido a la iracunda palidez del profesor y a los sollozos intermitentes de Lu Wenli. El cuerpo ovillado de He Zhiwu no rodaba con fluidez, porque no podía evitar desviarse, y se iba dando aquí y allí con las patas de los pupitres y las banquetas. Cada vez que chocaba, tenía que corregir el rumbo. Además, el suelo de ladrillo gris había quedado todo rugoso y desigual por los pegotes de barro que dejábamos con nuestros zapatos al entrar. Si uno se ponía en el lugar de He Zhiwu, no debía de ser nada fácil rodar por ese suelo. Pero peor debía de ser para el profesor Zhang. La dificultad de He Zhiwu era física; la del profesor Zhang era moral. Maltratarse a uno mismo para castigar a otro es propio de canallas e indigno de héroes. Pero los que son capaces de llevarlo a cabo no son canallas corrientes. Los grandes canallas tienen algo de héroes y los grandes héroes tienen algo de canallas. ¿Qué era He Zhiwu, un gran canalla o un gran héroe? Dejemos el tema, yo mismo no sabría responder. Eso sí, él es el personaje principal de este escrito. Qué tipo de persona es, que el lector juzgue por sí mismo.

Así salió He Zhiwu, rodando. Se puso en pie, rebozado en barro, y se alejó sin una mirada.

—¡Quieto ahí! —gritó el profesor Zhang.

Pero He Zhiwu siguió andando sin volverse. Fuera, el sol era deslumbrante. Dos urracas graznaban en el álamo que crecía delante del aula. Tuve la sensación de que He Zhiwu irradiaba haces de luz dorada; no sé qué pensarían los demás, pero en ese momento, a mis ojos, He Zhiwu se había convertido en un héroe. Avanzaba a grandes zancadas, sin vacilación alguna. Unos trocitos de papel salieron volando de sus manos y danzaron en el aire hasta caer al suelo. No sé qué sentirían los demás en ese momento, pero a mí el corazón me palpitaba de exaltación. ¡Había roto el libro de texto! ¡Había roto el cuaderno de ejercicios!

Había roto por completo con la escuela; la había dejado atrás y había pisoteado al profesor. Era como un pájaro dejando la jaula. Era libre. Las reglas y tabúes de la escuela ya no le concernían; en cambio, nosotros tendríamos que seguir soportando la disciplina impuesta por el profesor.

Lo complejo del asunto era que, al salir rodando del aula, romper los libros y todo vínculo con la escuela, lo admiré de todo corazón y empecé a abrigar la ilusión de que algún día yo también fuera capaz de una hazaña similar. Sin embargo, cuando poco después el profesor Liu el Bocaza me expulsó, la profunda tristeza que sentí, por lo unido que estaba yo a la escuela, me corroía las entrañas. ¿Quién era el héroe y quién el cobarde? A través de esta anécdota ha quedado claro y sin lugar a dudas.

Cuando He Zhiwu ya se había marchado pavoneándose, Lu Wenli aún seguía llorando.

—Venga, venga, ya está bien —dijo el profesor Zhang con evidente impaciencia—. Lo que quería decir He Zhiwu es que su ideal era ser conductor como tu padre, no ser tu padre de verdad. Además, aunque hubiera querido ser tu padre, ¿iba a serlo por haberlo escrito?

Al oír estas palabras, Lu Wenli alzó la cabeza, sacó un pañuelo, se enjugó las lágrimas y dejó de llorar. Tenía los ojos muy grandes y separados, de mirada pasmada.

¿Por qué el padre de Lu Wenli se había convertido en nuestro ideal? Por la velocidad. Los chicos rinden culto a la velocidad. Cuando estábamos en casa comiendo y oíamos el runrún de un motor, soltábamos el bol y salíamos corriendo a la bocacalle, a ver pasar el Gaz 51 verde hierba que conducía el padre de Lu Wenli yendo a todo trapo de un extremo a otro del pueblo. Las gallinas que andaban picoteando por el suelo salían volando espantadas, los perros que holgazaneaban por la calle saltaban presurosos a las cunetas. En pocas palabras, era «llegar el camión y salir de sopetón». A pesar de que más de una vez había atropellado gallinas y perros, el padre de Lu Wenli nunca redujo la velocidad; el dueño de la gallina o del perro recogía sin decir nada el cadáver del animal y se lo llevaba a casa. Nadie protestaba, nadie pedía cuentas al padre de Lu Wenli. Un camión, o iba así de rápido o no era un camión. Las gallinas y los perros tenían que evitar el camión, ¿dónde se había visto que un camión tuviera que ir sorteando gallinas y perros?

Era un Gaz soviético desechado en el 53, tras la Guerra de Resistencia a la Agresión Norteamericana y de Ayuda a Corea. Dicho de otro modo, era un camión histórico y de méritos gloriosos. En los años de violencia desatada, había desafiado lluvias de balas avanzando siempre heroicamente. En los de paz, seguía corriendo sin parar, dejando tras de sí una nube de polvo en la carretera. Cuando el camión pasaba delante de nosotros, veíamos a través de la ventanilla el aspecto ufano que mostraba el padre de Lu Wenli. Unas veces iba con gafas de sol, otras no. Unas veces llevaba guantes blancos, otras no. A mí lo que más me gustaba era cuando llevaba los guantes blancos y las gafas de sol. Porque habíamos visto una película en la que un heroico agente de nuestro ejército en misión secreta de reconocimiento llevaba guantes immaculados y gafas oscuras, disfrazado de oficial enemigo para inspeccionar las posiciones de artillería del ejército opuesto. Metía una mano en uno de los cañones y, al sacarla, varios dedos del guante se habían ensuciado.

—¿Así es cómo se ocupan del mantenimiento de los cañones? —preguntaba entonces con tono de superioridad.

El uniforme del enemigo norteamericano era realmente bonito; con ese uniforme, los guantes blanquísimos y las gafas oscuras, el heroico agente de nuestro ejército tenía un aspecto verdaderamente imponente y una clase formidable. Durante mucho tiempo después de ver esa película, nos gustaba imitar con afectación lo que hacía y decía el héroe: «¿Así es cómo se ocupan del mantenimiento de los cañones?»; sólo que no teníamos guantes blancos y no nos salía igual. Todos soñábamos con conseguir unos guantes blancos. El uniforme americano y las gafas de sol, o el revólver que llevaba colgado del cinto, eran cosas de categoría superior, ni siquiera nos atrevíamos a soñar con ellas. Muchos chicos de nuestra clase, incluso algunas chicas, admirábamos a He Zhiwu; no sólo por haber abandonado la escuela de un modo tan singular sino porque, no mucho después de ese episodio, montó otro número sensacional delante de profesores y alumnos.

Era el uno de junio, el Día de la Infancia. Toda la escuela se reunió en el estadio que había fuera del recinto para izar con solemnidad la bandera. Nuestra escuela estaba en un lugar perdido, pero se encontraba muy cerca de la granja estatal, donde trabajaba un gran número de «derechistas^[1]» dotados de gran talento. Algunos de los que sobresalían en actividades recreativas y deporte

asumían la función de profesor interino. Gracias a su entrenamiento, Lu Wenli había quedado primera en los campeonatos juveniles de ping-pong del distrito de Gaomi, y Hou Dejun, primero en los juveniles de salto con pértiga de la prefectura de Changwei. También lograron que formáramos una banda militar bastante presentable. Teníamos un bombo, un tambor, dos címbalos, diez cornetas, diez trombones y dos grandes tubas resplandecientes, de las que se enrollan alrededor del torso y se abren al cielo. La gente de campo está acostumbrada a los gongs y los tambores: una de tambor, una de gong, una de címbalo, tuntunchán, tuntunchán, tunchán tunchán tuntunchán; un jaleo rústico y monótono. Pero la primera vez que la banda de la escuela actuó en público en el estadio, ese estilo, ese brío, esa gracia, aparte de los elevadísimos ritmos y melodías, ampliaron considerablemente el universo visual y auditivo de los asistentes. ¿Quién había visto alguna vez esa pompa? ¿Quién había oído alguna vez esos sonidos? La escuela había proporcionado un uniforme a cada miembro de la banda: para los chicos, pantalón corto azul y camisa blanca; para las chicas, camisa blanca y falda corta azul; para todos, calcetines blancos hasta la rodilla y zapatillas de tenis del mismo color. Todos llevaban colorete y las cejas pintadas; las chicas, un lazo rojo en el pelo; los chicos, una pajarita del mismo color. Realmente precioso. Además, ¡todos llevaban guantes blancos! La compra de esos instrumentos y uniformes debió de costar un dineral; aunque hubiéramos vendido todos los pupitres y banquetas de la escuela, con la campana y todo, no nos habría alcanzado el dinero. Pero para la granja estatal de Jiaohe era una nimiedad, como una pluma para una gallina (la expresión corriente «como un pelo para nueve bueyes» sería exagerada en este caso).

En muchas de mis novelas aparece la granja estatal de Jiaohe, incluidos los derechistas, que a mis ojos eran una panda de alegres hedonistas. En *Una carrera de fondo de hace treinta años*, ellos eran los personajes principales. El lector interesado puede leerla; pero eso es literatura, con muchos elementos de ficción. En cambio ahora lo que describo son básicamente recuerdos; si en ellos hay alguna inexactitud histórica es porque se trata de cosas acontecidas hace muchos años y me falla la memoria.

La granja estatal de Jiaohe era un organismo de propiedad pública y formaba parte del mismo sistema que el cuerpo de producción y construcción de Xinjiang, que todavía existe. Inicialmente, el personal de la granja estaba constituido

principalmente por antiguos militares. Luego llegó un grupo de «jóvenes instruidos^[2]» de Qingdao. A principios de los años sesenta, cuando en el pueblo seguíamos atrasados, usando carreta de bueyes y arado de madera, en la granja estatal ya tenían una cosechadora roja de fabricación soviética. Cuando esa máquina hizo su entrada en los inmensos campos de trigo de la granja estatal, para nosotros la conmoción no fue menor que la que había causado en nuestros abuelos y abuelas la llegada del ferrocarril Qingdao Jinan, con la locomotora de fabricación alemana echando negras bocanadas de humo, allá por el año 1904. Para un organismo así, equipar a la banda militar de una escuela primaria era pan comido. No crea el lector que soy pesado y verboso, es que se agolpan en mi cabeza multitud de recuerdos variopintos; no es que yo quiera contarlos, es que salen por su cuenta.

¿Por qué iba la granja de Jiaohe a equipar a la banda militar de nuestra escuela? Porque muchos hijos de sus trabajadores estudiaban allí. ¿Por qué enviaban a los derechistas como profesores interinos? Por la misma razón. Entre los docentes locales, el profesor Zhang, que era el de mejor currículum, sólo era diplomado de la escuela de magisterio de grado medio; en cuanto al profesor Liu el Bocaza, no tenía más que un diploma de la escuela primaria de segundo ciclo. En cambio, los derechistas que mandaban a la granja eran todos intelectuales de nivel. Con lo que he contado hasta ahora, estoy convencido de que el lector habrá comprendido que nuestra escuela de primaria era la mejor de la época en toda la península de Shandong. A mí me echaron en quinto, pero aun así, cuando entré en el ejército, me di cuenta de que habría podido perfectamente dar clase a mis compañeros diplomados del segundo ciclo de secundaria. Si hubiera tenido ocasión de acabar la escuela, cuando en 1977 se restableció el examen de acceso a la enseñanza superior, sin duda habría podido aprobarlo con mi nivel de estudios primarios y habría podido entrar en la Universidad de Pekín o en la de Qinghua^[3].

Justo cuando estábamos contemplando con la cabeza alta cómo izaban la bandera de las cinco estrellas al son de *Oriente es rojo*, que tocaba nuestra banda, He Zhiwu hizo su aparición en el lugar más visible del estadio, con un viejo uniforme militar desteñido, una gorra militar de visera ancha seminueva, guantes blancos, gafas de sol y una fusta hecha por él. ¿Por qué al izar la bandera tocaron *Oriente es rojo* en lugar del himno nacional? Porque los autores de la

letra y la música del himno nacional habían caído en desgracia^[4]. ¿De dónde había sacado He Zhiwu ese atuendo? No lo sabíamos.

—¡Del padre de Lu Wenli! —me dijo medio en serio medio en broma muchos años después cuando se lo pregunté en Qingdao.

Aunque no pudiera compararse con el heroico agente de la película, nos dejó patidifusos. Recorrió impertérrito el pasillo que había entre las filas de alumnos y las de los profesores y directores, a pasos acompasados, abombando el torso, señalándonos con la fusta al pasar.

—¿Así es cómo se ocupan del mantenimiento de los cañones? —nos espetó engolando la voz.

Los profesores se quedaron completamente pasmados, mirándolo con los ojos como platos pasar delante de ellos con ostentosa arrogancia y observándolo boquiabierto pasar de vuelta, antes de alejarse silbando por un callejón que había junto al estadio. Lo seguimos con la mirada, lo vimos subir al dique, lo vimos bajar del dique y desaparecer en el cauce. Sabíamos que el río llevaba agua, y nos quedamos imaginando lo que haría He Zhiwu en la orilla: ¿se quitaría la ropa y se zambulliría para darse un baño? ¿O contemplaría su reflejo en el agua?

Después de eso, la verdad es que las actividades organizadas por la escuela habían perdido su interés, ni la recitación de poemas ni las representaciones cómicas podían apartar nuestra mente de la orilla del río.

—¡Tendrá su merecido! —anunció furibundo el profesor Liu el Bocaza.

Pero después ya no se supo nada más del asunto.

El padre de He Zhiwu era un viejo obrero agrícola que había trabajado durante décadas para un terrateniente. La madre era el miembro más antiguo del Partido Comunista de nuestro pueblo. Tenía la cara toda picada de viruela, los pies grandes y el temperamento explosivo. A menudo se subía a la muela de piedra que tenían delante de la puerta y se ponía a echar bronca a la gente sin razón particular, con una mano en la cintura y la otra en alto; parecía una tetera a la antigua. He Zhiwu era el mayor de los hijos; tenía tres hermanos y dos hermanas. La casa, destartalada, sólo tenía tres cuartos, y en el *kang*^[5] no había ni esteras. Con una procedencia familiar tan intachable, si ni el mismísimo presidente Mao habría podido hacer nada contra He Zhiwu, ¿qué iba a poder el profesor Liu el Bocaza?

En otoño de 1973, aproveché que mi tío era contable en la manufactura de algodón para entrar allí a trabajar como empleado temporal. Por muy temporal que fuera, cada mes, después de pagar veinticuatro yuanes al equipo de producción^[6], todavía me quedaban quince. En aquella época, la carne de cerdo estaba a setenta céntimos la libra, y los huevos a seis céntimos la unidad; con quince yuanes se podía hacer bastante. Así que yo vestía a la moda, llevaba el pelo un poco más largo, tenía varios pares de guantes blancos, y estaba ufano a más no poder.

Un día, después del trabajo, He Zhiwu vino a verme. Llevaba unos zapatos agujereados y una manta raída doblada sobre los hombros; el pelo hirsuto, barba por toda la cara y tres profundas arrugas en la frente.

—Préstame diez yuanes —dijo—. Quiero ir al nordeste a buscarme la vida.

—Si te vas, ¿cómo se las arreglarán tus padres y tus hermanos? —pregunté.

—El Partido Comunista no los dejará morir de hambre —contestó.

—¿Qué harás en el nordeste? —quise saber.

—Ni idea —dijo él—, pero siempre será mejor que seguir aquí hasta morirme de viejo, ¿no? Mírame, dentro de nada cumpliré treinta años, y no tengo ni mujer. Mejor me busco la vida en otro lugar. Para un árbol, cambiar de sitio es la muerte; para un hombre, cambiar de sitio es la vida.

A decir verdad, yo no tenía ganas de prestarle dinero. En aquellos tiempos, diez yuanes eran una suma considerable.

—Es una apuesta segura: si me van bien las cosas, te devolveré el dinero; si me van mal, venderé sangre para devolvértelo.

Lo cierto es que no entendía la lógica de su decisión, y estuve un buen rato dando evasivas; pero al final accedí a prestarle el dinero.

Volvamos a la tarde en que estaba yo apoyado en la esquina mirando el partido de ping-pong entre el profesor Liu el Bocaza y Lu Wenli. El profesor Liu era un jugador mediocre pero sentía pasión por el ping-pong, y le encantaba jugar contra chicas. Ninguna de las de la selección era fea, pero Lu Wenli era la más guapa, de modo que el profesor Liu siempre la quería a ella de contrincante. Cuando jugaba, el profesor Liu abría inconscientemente la boca. Por si eso no

fuera suficiente, emitía un extraño sonido gutural, croac croac, como si criara un sapo en el fondo de la garganta, de modo que su juego resultaba desagradable tanto a la vista como al oído. Yo sabía que a Lu Wenli no le gustaba nada tener que jugar con el profesor Liu; pero este formaba parte de la dirección de la escuela, y ella no se atrevía a negarse. Así, el fastidio y la aversión que le producía jugar con él se traslucían en su semblante y en la desidia con que blandía la pala.

Si he contado todas estas tonterías es para realzar un instante de gran dramatismo: con la boca abierta de par en par, el profesor Liu hizo un lanzamiento alto, ¡zas!, que Lu Wenli devolvió al desgaire; pero la pelota centelleante, como si le hubieran salido ojos, voló directa a la boca del profesor Liu.

Los espectadores se quedaron estupefactos unos instantes, antes de estallar en carcajadas. La profesora Ma, que de por sí era de rostro rubicundo, con la risa se puso carmesí como la cresta de un gallo. Lu Wenli, que llevaba todo el rato con cara de pocos amigos, se rio también disimuladamente. Sólo yo no me reí; estaba asombrado: ¿cómo podía haber ocurrido? Pensé en una historia que había contado el famoso cuentacuentos del pueblo, el abuelo Wang Gui:

Había una vez un tal Jiang Ziya, que atravesaba una racha de mala suerte. Si estaba vendiendo harina, soplaban vendavales; si lo que vendía era carbón, el invierno venía suave; si alzaba la cabeza para lanzar sus lamentos al cielo, le caía en plena boca una cagada de pájaro.

En Pekín, veinte años después, es decir en otoño de 1999, me dirigía en metro a la redacción del *Jiancha ribao*, donde trabajaba.

—¡Lean! ¡Lean! —voceaba un vendedor de periódicos en el vagón—. ¡Una bala de cañón lanzada por la artillería soviética en la Segunda Guerra Mundial cae justo dentro de un cañón alemán!

Eso me trajo inmediatamente a la memoria el episodio de la bola de ping-pong lanzada por Lu Wenli que fue a parar a la boca del profesor Liu. Lo que sucedió entonces fue que, tras unas carcajadas, todo el mundo se dio cuenta de que estaba mal reírse, y se hizo un repentino silencio. Habría sido de sentido común que el profesor Liu se sacara la pelota de la boca y dijera alguna cosa graciosa —porque tenía sentido del humor—, que Lu Wenli, ruborizada, le hubiera pedido disculpas y que se hubiera reanudado el partido. Pero nada sucedió según el sentido común. Vimos que el profesor Liu no sólo no se sacaba

la bola de la boca, sino que estiraba el cuello abriendo desmesuradamente los ojos y se la tragaba no sin esfuerzo. Acto seguido, se puso a agitar los brazos emitiendo un extraño cloqueo, lo cual le daba el aspecto de un pollo que se hubiera tragado un gusano venenoso. Todo el mundo se quedó atónito y sin saber qué hacer. En un instante, el profesor Zhang se precipitó hacia él y se puso a darle golpecitos con el puño en la espalda; el profesor Yu trató de cerrar el paso a la pelota oprimiendo la garganta del profesor Liu con los dedos. Este los apartó sacudiendo los brazos. El profesor Wang, derechista, era licenciado en medicina y tenía experiencia en la materia. Ahuyentó a voces a los profesores Zhang y Yu, avanzó con decisión y, con sus brazos largos como los de un mono, agarró desde atrás al profesor Liu por la cintura y apretó bruscamente. La pelota de ping-pong salió disparada de la boca del profesor y fue a caer primero en la mesa, donde rebotó varias veces antes de llegar al suelo, y se detuvo casi sin rodar. El profesor Wang soltó al profesor Liu, que profirió un grito extraño y se desplomó en el suelo como un charco de barro. Lu Wenli tiró su pala sobre la mesa, se llevó las manos al rostro y salió corriendo entre sollozos. El profesor Wang masajeó un rato al profesor Liu, tumbado aún en el suelo, antes de que este se levantara apoyándose en algunos asistentes.

—¿Y Lu Wenli? ¿Dónde está Lu Wenli? —preguntó con voz ronca apenas estuvo de pie, mirando a todos lados—. ¡Esa niñata por poco me mata!

2

Después de despedirme de He Zhiwu, yo también empecé a sentir desasosiego e impaciencia. A pesar de que ser empleado temporal en la manufactura de algodón era mejor que ser campesino, oficialmente yo estaba censado como campesino y, si no lograba cambiar eso, seguiría siendo de baja categoría social. En la manufactura varios jóvenes habían pasado de temporales a fijos. Lucían zapatos de cuero y reloj de pulsera, presumiendo y dándose ínfulas. Para entonces, yo ya había leído *Los tres reinos*, *Sueño en el pabellón rojo*, *El viaje a Occidente* y demás novelas clásicas, era capaz de recitar de memoria varias decenas de poemas de las dinastías Tang y Song, y de escribir a pluma con buena caligrafía. A menudo ayudaba a un antiguo empleado jubilado de la manufactura escribiendo cartas a su hijo, que estaba de soldado en Hangzhou. Escribía las cartas medio en lengua clásica medio en lengua moderna, con un estilo retórico y florido que ahora, al recordarlo, me sonroja hasta las orejas; sin embargo, el jubilado me alababa en público diciendo que era un «joven intelectual», y yo no podía evitar sentir que era un talento no reconocido, soñar con «ir a un mundo más vasto donde poder desplegar mis dones». Estaba claro que la manufactura de algodón no era un sitio donde pudiera permanecer mucho tiempo, y volver al pueblo habría sido como encerrar un corcel brioso en un establo de ganado vacuno. En aquella

época, el acceso a la universidad no era mediante examen, sino mediante recomendación de un campesino pobre o medio-inferior^[7]; y aunque cumplía en teoría con los requisitos, en la realidad no tenía ninguna posibilidad: el cupo anual de candidatos era tan reducido que ni siquiera bastaba para los hijos de los cuadros de la comuna, de modo que nunca le llegaría el turno a alguien como yo, con nivel de quinto de primaria, hijo de campesino medio, con la boca enorme y un físico estrambótico.

Estuve pensándolo mucho tiempo: ingresar en el ejército quizá fuera la manera de salir del pueblo y de cambiar el rumbo de mi vida. No es que resultara fácil, pero sí lo era más que entrar en la universidad. A partir de 1973, intenté enrolarme año tras año, yendo cada vez a la comuna a someterme al reconocimiento médico, pero año tras año fui rechazado. Finalmente, en febrero de 1976, tras incontables vicisitudes y con la ayuda de muchas personas importantes, acabé recibiendo un certificado de enrolamiento. Un día de abundante nieve, poco antes del amanecer, llegué andando hasta la capital del distrito, me puse el uniforme, subí al camión militar y viajé hasta Huangxian. Allí me instalé en el cuartel Residencia de los Ding para recibir instrucción.

(En otoño de 1999, volví a visitar mi tierra natal. Para entonces, Huangxian había pasado a ser la municipalidad de Longkou, y la célebre «Residencia de los Ding», de cuartel a museo. La mansión que en su momento me había impresionado por imponente y majestuosa ahora me parecía baja y exigua, lo cual significaba que mi visión del mundo había cambiado).

Después del periodo de instrucción tres recién llegados y yo fuimos enviados a la unidad de seguridad del Ministerio de Defensa. Muchos paisanos míos me envidiaban por ese destino, pero una vez allí la decepción fue grande. La unidad en cuestión era una estación de radiogoniometría a punto de ser cerrada. El organismo del que dependíamos directamente estaba en Pekín, de modo que era el 34.º Regimiento de la guarnición de Penglai acantonada en Huangxian el que se encargaba del control. Pero ya se sabe cómo son esas cosas. No es que no quisieran controlar, es que no podían, no había manera, no se atrevían. El código de nuestra unidad era el 263, y

*Apenas oye hablar de la dos seis tres
el treinta y cuatro entero cae del revés;*

*al comandante le sube la tensión
y el comisario nos mira de través.*

Con este dicho rimado, el lector se hará una idea de lo cutre que era la unidad en que me encontraba. Mis cometidos eran o estar de guardia o cultivar la tierra. Lo único que me resultaba agradable era que el camión de la unidad era exactamente igual que el del padre de Lu Wenli. El mismo modelo, el mismo color. El conductor era un oficial de unos cuarenta años, bajito, de pelo gris, con la mitad de los dientes postizos. Se apellidaba Zhang, y lo llamábamos «técnico Zhang». Se había divorciado una vez, y su segunda mujer vivía con la hija en Jinan, donde trabajaba. El hijo que había tenido con su exmujer vivía con él. Ambos eran muy aficionados al baloncesto y solían hacer competiciones en la cancha: el que fallaba una canasta tenía que llevar la pelota empujándola con la cabeza desde el centro de la cancha hasta debajo de la cesta. Cuando yo acababa de llegar, solía ser el hijo el que se arrastraba por el suelo impulsando la pelota con la nariz, jaleado por su padre. Al cabo de un año los papeles se habían invertido. En efecto, ese mocoso, que llevaba el curioso nombre de Qinbing —«escolta»—, iba dando golpecitos con un palo en el trasero en alto del técnico Zang, sin el menor miramiento.

—¡Vamos! ¡Deprisa, muévete! —le decía sin dejar de golpear—. ¡Ni que fueras un brote de soja en la letrina queriendo pasar por lombriz!

Para entonces yo ya no tenía grandes aspiraciones; dado que en esa pequeña unidad sólo éramos poco más de diez, no había ninguna posibilidad de mejora. Oí decir a los veteranos que iban a elegir a uno de los reclutas para aprender a conducir con el técnico Zhang, y soñé con que esa suerte recayera sobre mí. Cuando vivía en el pueblo, sólo podía mirar con ojos como platos cómo pasaba a toda velocidad el Gaz 51 del padre de Lu Wenli dejando una nube de polvo tras de sí. La única ocasión en que estuve cerca de un camión casi me cuesta mi corta vida. El padre de Lu Wenli había aparcado delante de la cooperativa para comprar tabaco. Aproveché para subirme al parachoques y agarrarme a la parte trasera de la caja, ansioso como estaba de vivir una experiencia camionera. El padre de Lu Wenli volvió con su tabaco, arrancó, y el camión salió a toda velocidad levantando una nube de polvo que me asfixiaba, así que me solté para bajar y me estrellé como un trozo de barro en el suelo. Tardé mucho en conseguir

levantarme. Tenía la nariz hinchada y la boca llena de sangre. Me quedé un buen rato aturdido y sin entender cómo había podido pasar una cosa así. Sólo más tarde comprendí que había sido por efecto de la inercia.

En la unidad podía ir en el Gaz 51 todas las semanas a trabajar a una granja estatal a diez kilómetros del cuartel. Nuestra unidad sólo tenía dieciséis hombres, pero había solicitado más de dos hectáreas y media de tierra. De los dieciséis, aparte del técnico Zhang, había nueve oficiales que se alternaban para ir en ese camión chirriante a asumir su turno de servicio con el radiogoniómetro. Para trabajar la tierra, sólo quedábamos los seis del escuadrón de guardia. De esos seis, para colmo, dos eran de la ciudad de Tianjin. Tenían mucha labia y pasaban el tiempo de parloteo, eludiendo así el trabajo, con lo cual, en realidad, sólo quedábamos cuatro.

El técnico Zhang nos llevaba a toda mecha a la granja por la carretera de grava que bordeaba el mar. Con él en la cabina iba bien su hijo, o bien algún oficial; nosotros íbamos detrás, de pie en la caja, agarrados a los bordes y con la gorra en el bolsillo del pantalón, el pelo al viento, despreocupados y felices. Cuando pensaba en el riesgo que había corrido años atrás para experimentar la velocidad del Gaz 51, me parecía que valía la pena haberme metido a soldado. El técnico Zhang conducía como un loco, era un peligro público. En aquella época había muy pocos coches y ni un solo centímetro de autopista en toda China. La carretera de la costa era, según se decía, la mejor; había sido construida durante la invasión japonesa, y a lo ancho sólo había espacio para los adelantamientos. Solía haber gente circulando en bicicleta por los bordes, que quedaba cubierta de polvo al pasar nosotros. Cuántas veces los oímos lanzarnos insultos. Los civiles de allí eran más atrevidos que los de mi zona. Con la cantidad de gallinas y perros que había atropellado el padre de Lu Wenli, nadie había ido a pedirle cuentas nunca. En cambio, un día en que el técnico Zhang atropelló una gallina con el camión, la dueña se presentó en el cuartel con el ave muerta en una mano y un bastón en la otra, se plantó delante del despacho del jefe del centro y se puso a aporrear la puerta con el bastón mientras profería todo tipo de improperios. Más tarde me enteré de que esa anciana había servido de modelo para el personaje de la soldado heroica en la célebre película *Guerra de minas*. Sus dos hijos eran altos oficiales del Ejército de Liberación.

—¿Y vosotros sois del VIII Ejército de Tierra^[8]? —vociferó furiosa—. ¡Ni

los diablos japoneses tuvieron narices de cometer estas tropelías!

Nuestro jefe se apresuró a asentir y a hacer reverencias mientras musitaba excusas. Quiso además darle diez yuanes de compensación.

—¿Diez yuanes? —exclamó la mujer—. ¡Con que diez yuanes! ¡Esta gallina ponía un huevo de doble yema al día, o sea trescientos sesenta y cinco huevos de doble yema al año! Si en una libra entran cinco huevos de doble yema y la libra está a cinco yuanes con ocho, ¡echa cuentas!

El jefe hizo todo lo posible por apaciguarla, y al final creyó deshacerse de ella dándole veinte yuanes, sin pensar que, nada más salir del cuartel, volvería a su despacho a exigir que le dejara ver al conductor del camión.

—¡Quiero ver qué clase de hombre es para conducir un camión destartado como si fuera una liebre espantada por un disparo! —dijo con su boca desdentada.

El jefe no tuvo más remedio que mandarme a buscar al técnico Zhang. Este, en cuanto vio a la anciana, ¡zas!, se cuadró y, marrullero, hizo un saludo militar.

—Abuela revolucionaria —dijo—, ¡reconozco mi error, mis más humildes disculpas!

—¡Pues si lo reconoces, corrígelo! —dijo la anciana—. ¡En adelante, cuando entres con el camión en el pueblo, reduce a veinticinco por hora! ¡Si no, pondré minas en la calle y volarás por los aires, cabrón malnacido!

Más tarde oí decir que el técnico Zhang, con extrema habilidad, hizo una visita a la anciana con una caja de pastas y, no contento con ello, le rogó que aceptara ser nominalmente su madre adoptiva.

En 1979, dos meses antes de que me destinaran a Baoding, en la provincia de Hebei, destinaron al técnico Zhang a la comandancia de Jinan, donde ocupó el puesto de asistente en el cuerpo de intendencia y pudo reunirse con su esposa después de vivir separados tantos años. A pesar de que sólo tenía quince años, su hijo Qinbing fue admitido con carácter especial en el ejército y entró a formar parte del conjunto artístico de la comandancia, donde siguió las clases de *kuaishu*^[9] del gran actor Gao Yuanjun. Dicen que el hijo mayor de la anciana era un alto oficial de la comandancia y que gracias a ella el técnico Zhang obtuvo su traslado y su ascenso.

El técnico Zhang tenía muchas facetas impropias de un militar; por ejemplo, llevaba la gorra sistemáticamente ladeada, la chaqueta desabrochada, y andaba

torcido; tenía toda la pinta de un villano de película. También era aficionado a beber aguardiente joven, aunque no tenía aguante y se emborrachaba con dos vasos; en esos momentos se ponía a canturrear una célebre cancioncilla licenciosa, *La segunda hermana Wang echa de menos a su marido*. Asimismo, le gustaba flirtear con las jóvenes del pueblo donde se encontraba acantonada la guarnición, y siempre que había que ir en camión a la ciudad, alguna de ellas le pedía que la acompañara. Había una llamada Ku Meizi que se llevaba especialmente bien con él. El padre de Ku Meizi tenía una cerda que había parido ocho crías, y la chica quería ir a la capital del distrito a venderlas. El técnico Zhang instaló la cerda y su camada en el camión y las llevó con suma prudencia hasta el mercado de ganado porcino de la ciudad.

Todo lo que el técnico Zhang tenía de censurable como militar lo tenía de escrupuloso como conductor respecto a su vehículo. Todos los sábados se ocupaba del mantenimiento; conocía su camión como la palma de su mano, por el sonido sabía exactamente dónde estaba el problema. De no ser por los cuidados del técnico Zhang, el Gaz 51 de nuestra unidad, que había salido airoso de las lluvias de balas durante la Guerra de Corea, habría acabado en el desguace mucho tiempo atrás. El técnico Zhang me tenía simpatía y, cuando tocaba mantenimiento, me llamaba para que le ayudara a lavar o a reparar el camión. Los demás reclutas decían que seguramente el técnico Zhang me estaba formando como sucesor suyo, y yo también lo pensaba.

Aprendí mucho de él sobre el funcionamiento del motor; entendí por qué un camión podía alcanzar altas velocidades. Le hablé del Gaz 51 que tenía el padre de Lu Wenli en la granja estatal de Jiaohe.

—¡Y yo que creía que en todo el país sólo quedaba un camión de este modelo, toda una antigüedad, y en estado de uso! —exclamó asombrado—. ¡Quién me iba a decir que en tu tierra había otro! Cuando haya ocasión —llegó a decir—, iremos allí a que se encuentren los dos Gaz 51.

Creía que los camiones tenían alma; que del mismo modo que los árboles añosos pueden convertirse en espíritus, un camión que había sobrevivido a las lluvias de balas, que se había visto rociado con sangre de mártires, también podía. ¿Cómo sería un encuentro entre dos camiones convertidos en espíritus?

El técnico Zhang decía que era el noveno conductor de ese vehículo. El primero murió heroicamente al volante, o dicho de otro modo, el parabrisas del

camión había quedado destrozado por las balas enemigas. El conductor, malherido, aguantó como pudo para poner el camión a salvo del tiroteo y las llamas.

El técnico Zhang me enumeró los nombres y lugares de origen de sus ocho predecesores como quien detalla su árbol genealógico. El camión procedía de una fábrica de Gorki, en la Unión Soviética, y era de 1951, es decir, que tenía cuatro años más que yo. Su gloriosa historia, referida por el técnico Zhang, me inspiró un profundo respeto. Pensando en ese camión y en el del padre de Lu Wenli, se me ocurrió que eran como dos hermanas gemelas que llevaran años sin noticias una de otra. ¿Por qué dos gemelas y no dos gemelos o dos de ambos sexos? Ni yo mismo lo sabía. En cualquier caso, eso fue lo primero que pensé, y luego ya no hubo manera de cambiar. Con esta idea de los camiones-hermanas, pensé también que, habiéndome alistado en la plaza clave de Penglai, en la comandancia de Jinan, si había sido destinado a esa pequeña unidad subordinada a la autoridad del Estado Mayor era por pura casualidad; las probabilidades de que se diera eran ligeramente más altas que las de que la pelota lanzada por Lu Wenli entrara en la boca del profesor Liu, pero no mucho más. Cuando el técnico Zhang acabó de contarme la gloriosa historia de ese camión, comprendí que estaba predestinado: mi misión era hacer de mediador para propiciar el reencuentro de las dos hermanas separadas desde hacía tanto tiempo.

En enero de 1978, el nuevo jefe de nuestra unidad compró cuarenta cestas de manzanas y cien manojos de cebolletas y encargó al técnico Zhang que las llevara como regalo al organismo del que dependíamos, que se encontraba en los montes de la periferia de Pekín y estaba, según el mapa, a mil doscientos kilómetros. Para que hubiera coordinación durante el trayecto, el técnico Zhang me eligió como copiloto, lo cual era para mí un privilegio inmenso. Salimos a medianoche y planeábamos llegar al anochecer del día siguiente. Pero apenas dejamos atrás Weifang, el camión empezó a dar problemas. Podíamos avanzar conduciendo muy lentamente; pero si pasábamos de cincuenta por hora, el camión lanzaba explosiones como disparos de fusil y escupía un humo oscuro. Lo primero que pensó el técnico Zhang fue que había un problema en el circuito de suministro de combustible. Pero nos metimos debajo del vehículo para comprobarlo con una linterna y no encontramos nada. Al acelerar, volvía a producirse el problema. Reinaba la oscuridad intensa que precede al amanecer; hacía un frío gélido y el

suelo estaba cubierto de escarcha. El técnico Zhang se echó una chaqueta guateada sobre los hombros y se metió debajo del camión; lo revisó una y otra vez, sin encontrar ninguna avería. Nos quedamos en la cabina fumando en silencio.

—Qué cosa más rara... —mascullaba el técnico Zhang—. La madre que lo parió, pero qué cosa más rara... Oye, camión, viejo amigo, ¿qué te pasa? Llevo más de diez años conduciéndote y ¡a ver cuándo te he hecho yo algo que puedas echarme en cara!

Al oírlo me estremecí y empecé a sospechar que era cosa de los espíritus. Lo primero que me vino a la cabeza fue el camión que conducía el padre de Lu Wenli en la granja de Jiaohe. Estábamos a cien kilómetros de allí, poca distancia para dos camiones que debían de estar impacientes por reencontrarse.

—Viejo amigo —repetía el técnico Zhang—, ayúdame primero a cumplir con esta misión, a llevar las manzanas y las cebolletas a Pekín, y te prometo que a la vuelta daremos un rodeo para pasar por la granja de Jiaohe a hacer una visita a tu hermana...

El bueno del técnico Zhang parecía haberme leído el pensamiento.

El sol rojo empezó su ascenso. A ambos lados de la carretera se extendían las tierras blancas, quizá de escarcha, o acaso de sal. Avanzamos muy lentamente hasta entrar en Shouguang en busca de algún sitio donde comer algo. En aquella época, Shouguang era un lugar inhóspito y cutre, con una sola avenida donde había un único restaurante. Según se indicaba en un letrero en la ventana, el establecimiento abría a las ocho, pero en realidad no abrió hasta las nueve. Solamente tenían panecillos al vapor que habían sobrado del día anterior. Al ver que éramos del Ejército de Liberación, el camarero fue bastante amable con nosotros. Dijo que nos calentaría los panecillos, y nos dio gratis un termo de agua caliente y un platito de verdura en salazón. En esos tiempos, un panecillo al vapor costaba un cupón provincial de cien gramos de cereales, y los únicos cupones de cereales que yo llevaba eran de los grandes, válidos en todo el país. El camarero no tenía cambio para eso y tuvo que consultar con su jefe antes de darnos el cambio en dinero, a razón de treinta céntimos el cupón de una libra.

(En 2003 fui invitado a la feria de vegetales de Shouguang, que ahora es una gran ciudad ultra moderna, llena de edificios altos y de anchas avenidas. En los páramos de antaño se sucedían los invernaderos de plástico donde se cambiaba la

dieta habitual de los chinos y se alteraban las temporadas y zonas de cultivo de los vegetales. En los invernaderos, los lugareños producían todo tipo de frutas y verduras nunca vistas, que arrancaban exclamaciones de asombro a los comerciantes y visitantes del país y del extranjero).

Una vez saciados, reanudamos el viaje. El viejo Gaz 51 siguió haciendo de las suyas, de modo que no hubo más remedio que hacerlo avanzar muy despacio, echando humo y explosiones durante todo el camino. A duras penas llegamos a Beizhen, la capital del distrito de Huimin. Una vez allí, llevamos el camión a un taller y pedimos al viejo mecánico que le hiciera una revisión. El hombre tenía el pelo blanco y en la mano izquierda le faltaban dos dedos, pero trabajaba con una energía y una precisión admirables.

—¡Huy, este abuelo todavía anda! —dijo con destellos en los ojos al ver el camión.

El técnico Zhang le ofreció cigarrillos tratando de ganarse su simpatía. El viejo mecánico había participado en la Guerra de Corea como camionero, igual que el primer conductor de nuestro Gaz 51; había sido compañero de armas de ese héroe que había muerto al volante del vehículo. El viejo mecánico daba vueltas alrededor del camión, acariciándolo emocionado, como un jinete que encuentra al cabo de años su corcel perdido. Se subió y lo condujo por la pista del taller, dio una docena de vueltas. Al bajar del vehículo dijo que era un problema del circuito de suministro de combustible. Estuvo examinándolo a conciencia, pero no encontró nada.

—Bah, eso es que es viejo —dijo—. Es lo que hay, tendrán que conducirlo así.

Quisimos pagarle pero nos despidió con un gesto, y reanudamos nuestro viaje, acompañados por el humo y las explosiones en cuanto acelerábamos.

El técnico Zhang aparcó en un borde de la carretera, apoyó la cabeza en el volante y se quedó inmóvil un buen rato.

—Técnico Zhang —acabé diciendo—. ¿Por qué no desmontamos el circuito de suministro de combustible y lo repasamos entero? Es posible que, cuando lo mandamos al cuerpo de intendencia a que lo revisaran los mecánicos, se dejaran algo dentro.

—¿Qué se iban a dejar? ¡Si de Huangxian a Weifang fuimos a ochenta por hora la mar de bien!

Aun así, el técnico Zhang se bajó del camión y me miró desmontar el circuito de suministro de combustible. Cuando llegué al filtro, saqué una tapa de porcelana.

—¡Mi madre! —exclamó el técnico Zhang—. ¿Qué demonios es esto?

El mecánico del cuerpo de intendencia, con su mejor voluntad, había puesto una tapa de porcelana en el filtro, y como tenía los agujeros demasiado pequeños, el combustible no entraba bien, ¡de ahí que el camión no pudiera ir deprisa! El técnico Zhang cogió la tapa y la estrelló contra el suelo. Sacó una llave inglesa, montó de nuevo el motor, se limpió con un trapo, se puso los guantes, se subió de un salto a la cabina, pisó el acelerador y el camión salió zumbando a sesenta por hora, sin explosiones, sin humo, todo perfecto.

—¡Me cago en sus muertos! —profirió—. ¡Por poco asfixia a mi potrillo!

Entusiasmados a más no poder, parecíamos jinetes a lomos de los mejores corceles. Cuando llegamos a Cangzhou ya se estaba poniendo el sol, y no nos quedó más remedio que buscar una posada. Estaba llena, pero la empleada era una chica regordeta y de buen corazón.

—Camaradas del Ejército de Liberación —dijo al vernos tan cansados—, si no les parece mal, les hago las camas en el suelo.

Así lo hizo, y además nos trajo sendas palanganas de agua caliente para que pudiéramos lavarnos los pies. Nos llegó al alma.

El técnico Zhang se había resfriado al reparar el camión en el suelo y no paraba de toser. Salí a la calle a buscar una farmacia, le compré medicinas y se las hice tomar. Por el camino di un rodeo para ver nuestro camión, que estaba aparcado al borde de la carretera, con la caja cubierta de una lona impermeable.

—¡Qué descanses, te lo mereces! —le dije dándole unas palmadas en el capó.

Esa noche dormimos profundamente. Cuando nos levantamos a la mañana siguiente, al técnico Zhang se le había pasado el catarro. La chica regordeta nos dijo que la posada ofrecía churros, tortas, sopa de arroz y que, si no nos apetecían esas cosas, también podía salir a comprarnos empanadillas, pero eso sólo a partir de las ocho. Le dijimos que las tortas, los churros y la sopa de arroz eran más que suficientes. Después del desayuno, nos pusimos de nuevo en camino.

Hacia el mediodía llegamos a Pekín por Tongxian. Cuando desembocamos en la gran avenida Changan, el técnico Zhang dio rienda suelta a su vena temeraria. El viejo Gaz 51 iba más rápido que cualquier coche. Nos paró un policía de

uniforme azul con manguitos blancos y porra en mano. Echó una severa bronca al técnico Zhang por haber cometido exceso de velocidad. El técnico Zhang reconoció una y otra vez su falta, aduciendo que era la primera vez que iba a Pekín y que no conocía las normas.

¡Pekín, cielos, estábamos en Pekín! ¿Quién me iba a decir que un pobre chaval de campo como yo, de Dongbeixiang, distrito de Gaomi, llegaría a Pekín un dieciocho de enero de 1978, que vería tantos coches blancos, negros, y tantos jeeps verdes, que vería tantos edificios altos y monumentales, que vería a tantos extranjeros de nariz alta y ojos azules? La extensión del Pekín de aquel entonces no era ni una décima parte de la del Pekín actual, pero para mí era impresionantemente grande.

3

Salimos de Pekín en dirección al norte, por una serpenteante carretera de montaña. Pasamos por debajo de la Gran Muralla en el paso Juyong, seguimos hacia el norte durante algo más de una hora y por fin llegamos al gran recinto del cuartel general del Estado Mayor. Las manzanas y cebolletas que traíamos ilusionaron a todo el mundo. Una vez descargado todo, cargamos de nuevo el camión con los regalos con que nos correspondieron —una mesa de ping-pong, cuatro pelotas de baloncesto, diez rifles de madera para practicar la carga con bayoneta, cuatro conjuntos de protección antibayoneta, veinte granadas con mango de madera de las de prácticas, dos abrigos de centinela forrados de borrego para las guardias— y nos dispusimos a emprender el viaje de regreso.

A la ida éramos sólo dos; a la vuelta, uno más: el nuevo conductor destinado a nuestra unidad, alistado en 1977, recién diplomado de la escuela de conducción militar. Se llamaba Tian Hu y era originario de Yishui, Shandong. Tenía cara de niño, con los ojos grandes y los dientes blancos.

Con lo que nos había costado llegar hasta Pekín —y a saber si tendríamos ocasión de volver algún día—, ¿no era una lástima volver a atravesar la ciudad y pasar de largo? Antes de salir, hicimos una solicitud al jefe del cuerpo de intendencia del Estado Mayor para que nos permitiera pasar unos días en la

ciudad; aunque sólo fuera uno, lo justo para poder fotografiarnos en la plaza Tiananmen, y así no habríamos hecho el viaje en balde. El jefe, muy cordial, nos autorizó a pasar tres días en Pekín ciudad y contactó con el hostel de nuestra organización. No teníamos tarjeta de residentes, ni carnet de militar, y en todos los hoteles y hostales era necesaria una carta de recomendación para poder registrarse. Nos dio tres cartas de recomendación selladas, con espacios en blanco que podíamos rellenar cuando fuera necesario.

Lo primero que hicimos fue ir a la plaza Tiananmen, donde hicimos cola para fotografiarnos, luego otra cola para visitar el mausoleo del presidente Mao y rendir homenaje a sus restos mortales. Mientras contemplaba al presidente tendido en el sarcófago de cristal, recordé la sensación de cataclismo que había tenido dos años antes al oír la noticia de su fallecimiento; el desengaño al descubrir que en el mundo no había dioses. Ni en sueños habríamos creído que el presidente Mao moriría un día, pero murió. Creíamos que si moría el presidente Mao, sería el fin de China. Pero llevaba dos años muerto, y el país no sólo no había llegado a su fin, sino que iba mejorando paulatinamente: se había restablecido el examen de ingreso a la universidad, en el campo habían sido anuladas las calificaciones incriminatorias de «terrateniente» y de «campesino rico», las familias campesinas estaban mejor alimentadas, y el ganado de los equipos de producción engordaba. Incluso alguien como yo podía fotografiarse en la plaza Tiananmen y ver con sus propios ojos los restos mortales del presidente Mao.

A lo largo de los dos días siguientes, fuimos al parque Beihai, al del Templo del Cielo y al Museo de Historia Natural que está al lado. El formidable esqueleto de dinosaurio que vimos allí me dejó muy impresionado. También fuimos a la Ciudad Prohibida, al Monte del Carbón, al Palacio de Verano y al parque zoológico. Y a la concurrida avenida Wangfujing, y al mercado de Xidan, donde compré tres mochilas negras de cuero sintético, una para mí y las otras dos para mis compañeros. Compré asimismo un pañuelo de gasa rosa para mi prometida. Me la había presentado un pariente lejano suyo cuando trabajaba como empleado temporal en la manufactura de algodón.

—¡No me digas que no distingues lo bueno de lo malo! —me había dicho con fiereza el pariente en cuestión—. ¡Un cerdo bien cebado intenta entrar, y tú te crees que es un perro rascando la puerta!

(Más tarde el pariente me confesaría la verdad: si había querido presentarme a la joven era porque mi tío era contable en la manufactura de algodón, y pensaba conseguir allí un empleo a través de esta relación.

Ya casados, ella me dijo que, antes de conocerme, Liu, el miembro del Comité Permanente del Partido en la comuna, le había presentado al sobrino del vicesecretario del comité del Partido, pero ella lo había rechazado porque tenía los ojos muy pequeños.

—Te quejabas de que el sobrino del vicesecretario Guo tenía los ojos pequeños. ¡Pues menudos ojazos tiene el que te has buscado! —ironizó Liu cuando nos prometimos.

—El sobrino del vicesecretario Guo tiene los ojos pequeños y sin expresión —dijo ella—. El joven Mo tiene los ojos pequeños pero muy brillantes.

Muchos años después, cuando yo ya había obtenido mi inmerecida fama como escritor, Liu le decía a todo el mundo que mi esposa tenía un don de clarividencia para ver el talento ajeno.

También comimos empanadillas, después de hacer dos horas de cola, en el puesto que hay en la esquina de Xidan. Eran empanadillas de carne de cerdo, muy jugosas, hechas a máquina. La máquina estaba dentro, detrás del mostrador que daba directamente a la calle; fuera había una docena de mesas. En aquella época me pareció un invento formidable: que se echaran la harina, el agua y la carne por un lado, y por el otro cayeran las empanadillas ya preparadas directamente a la olla de agua hirviendo, era algo inconcebible.

Cuando se lo conté a mi madre a la vuelta, ella ni se lo creyó. Retrospectivamente debo admitir que esas empanadillas que embutía la máquina tenían la masa gruesa y poco relleno, y la mitad de la carne se quedaba en el agua de cocción; resultaban feas de ver y malas de comer. Pero en aquella época, comer empanadillas hechas a máquina junto al mercado de Xidan constituía una buena materia para fanfarronear a la vuelta. Ahora ya hace tiempo que nadie come empanadillas hechas a máquina, y todos los restaurantes especializados en empanadillas dejan bien claro en sus letreros que son hechas a mano. Antes, cuánta más grasa llevaba la carne, mejor; ahora, en cambio, lo que está de moda son las empanadillas de verdura. En cosas así se ve cómo cambia todo.

En el camino de vuelta, el técnico Zhang dejó el volante a Tian Hu, y él compartió conmigo el asiento del copiloto. La llegada de Tian Hu había dado al

traste con mis sueños de conducción.

—Joven Mo —me dijo en voz baja el técnico Zhang al ver mi decepción—, tú tienes mucho talento. Emplearlo en ser chófer ¿no sería desperdiciarlo? Sería como disparar un cañón para matar un mosquito. Da tiempo al tiempo, y verás como viene a buscarte la suerte.

Sus palabras me reconfortaron un poco. Aun así, pensar en el futuro me llenaba de desconcierto.

¿Acaso había tenido que pasar por tantas vicisitudes y tantos tormentos durante los dos años que llevaba debatiéndome por salir de la miseria para volver sin haber conseguido nada? ¡No, no volvería! ¡Lucharía! ¡Cómo gato panza arriba!

Cuando estábamos en Pekín, había soñado que el técnico Zhang y yo volvíamos en camión a mi pueblo y que nuestro Gaz 51 y el del padre de Lu Wenli estaban juntos, aparcados en el estadio que había delante de la escuela, los dos con lazo de seda roja en el capó y grandes flores de seda roja en el morro. Junto a ellos, la banda militar de la escuela tocaba con todo su empeño, mientras un nutrido grupo de alumnos bailaba una danza sencilla, de ritmo claro, agitando cintas de seda roja con las manos. Luego, ya de noche, bajo la luna, volvía yo solo al estadio y veía a los dos Gaz 51 morro con morro como dos perritos que se husmearan mutuamente para reconocerse. De vez en cuando lanzaban sonidos potentes, como rebuznos de burros que se reencuentran después de mucho tiempo. Luego cada uno retrocedía varias decenas de metros para volver a avanzar y darse morro con morro de nuevo. A la tercera vez, el camión del padre de Lu Wenli avanzaba a toda velocidad, y el nuestro lo perseguía. Se ponían a dar vueltas a la pista uno tras otro como un burro galopando en pos de una hembra. Y entonces me daba cuenta: ¡no eran hermanas gemelas, sino una pareja de enamorados! Tras la persecución vino el apareamiento, y nació un pequeño Gaz 51...

Conté mi sueño a mis compañeros de viaje.

—Parece que tenemos que ir a la granja estatal de Jiaohe —concluyó el técnico Zhang.

—Mi padre también tuvo un sueño parecido —dijo Tian Hu—, pero al día siguiente tuvo un accidente.

El padre del joven Tian también era camionero.

—¡Para ser un bisoño que acaba de salir del cascarón tienes el pico más negro que un cuervo!

Al llegar a Weifang, el técnico Zhang, probablemente debido a que las palabras infaustas del joven Tian eran tabú para él, cambió de opinión sobre lo que habíamos hablado. Eran las nueve de la noche pasadas, el cielo estaba cuajado de estrellas.

—Joven Mo, llevamos mucho tiempo fuera; últimamente me tiembla mucho el párpado^[10] y estoy intranquilo, me preocupa que le pueda haber pasado algo a mi hijo Qinbing. Puesto que estamos aquí, te llevaremos hasta la estación de Weifang, y allí podrás tomar el tren para tu pueblo e ir a ver a tu familia. Cuando lleguemos a la unidad pediré que te den unos días de permiso; si surge cualquier cosa, yo me ocupo de todo. El joven Tian y yo tomaremos la carretera y volveremos a la unidad.

Comprendía al técnico Zhang, y a pesar de que las ilusiones que me había hecho de regresar triunfal en el Gaz 51 —escena que tantas veces había imaginado— se habían desvanecido como una pompa de jabón dejándome desamparado, la verdad es que poder volver a casa al cabo de dos años en el ejército no era cosa fácil. Me dejaron delante de la estación de Weifang y reemprendieron el camino. Me quedé mirando cómo se alejaba el Gaz 51 hasta que perdí de vista las luces traseras, antes de entrar en la estación.

Era la segunda vez en mi vida que tomaba el tren. La primera había sido cuando tenía dieciocho años. Era primavera y acompañé a mi hermano mayor y a mi sobrino hasta Qingdao, donde tenían que tomar un barco para regresar a Shanghai. En aquella época, viajar en tren era un acontecimiento solemne y, cuando volví de Qingdao, estuve presumiendo mucho tiempo. La segunda vez estaba igual de agitado. El tren iba abarrotado, y en el vagón el ambiente estaba saturado de olor a orina. Dos hombres se peleaban por el lavabo; a uno le sangraba la nariz y al otro la oreja. A mí entonces eso no me parecía tercermundista. Los ciento y pico kilómetros que separaban Weifang de Gaomi los hicimos en más de tres horas de traqueteo, mientras que, en 2008, el tren de alta velocidad CRH recorría los cerca de ochocientos kilómetros que mediaban entre Pekín y Gaomi en poco más de cinco horas.

Cuando llegué a la estación de Gaomi estaba amaneciendo; el sol rojo iniciaba su ascenso arrebolando el cielo. Nada más pasar el control de billetes,

delante de la estación, oí por primera vez en mucho tiempo una melodía de ópera *maoqiang* de Shandong, procedente del puesto de un vendedor de churros y leche de soja. Se trataba de una famosa aria cantada por el personaje de la anciana en *La túnica de gasa*, un canto lento, vibrante, triste y desgarrador. La emoción me llenó los ojos de lágrimas. (Hace poco lo conté en televisión, en un programa del canal de ópera dedicado al *maoqiang*). Compré media libra de churros y un tazón de leche de soja, y me quedé allí comiendo y escuchando. Había multitud de puestos de comida a ambos lados de la plaza de la estación; los vendedores atraían a voces a los clientes. Dos años antes, allí sólo estaba el restaurante estatal, con unos camareros de actitud odiosa. A los dos años, los restaurantes privados empezaron a hacerle la competencia. En pocos años más, los comercios privados surgieron por todas partes como brotes de bambú tras la lluvia en primavera. En cambio, los restaurantes, cooperativas y tiendas populares y colectivos fueron cerrando y desapareciendo.

Tomé el autobús a Dongbeixiang y no llegué hasta las tres de la tarde. Al ver el estado de la casa destartada y a mis padres envejecidos, sentí desesperación. Les conté mi situación en la unidad, donde no tenía posibilidades de prosperar ni de aprender el oficio de conductor y donde como máximo podría pasar otros dos años antes de volver a casa licenciado.

—Y yo que creía que allí conseguirías una buena situación... —dijo mi madre.

—Es que tuve mala suerte cuando me destinaron a esa unidad —expliqué—. Si me hubiera tocado una tropa de campaña, seguramente ya sería oficial.

—No sirve de nada hablar de estas cosas —dijo mi padre—. En casa es lo mismo, ya lo ves. Cuando vuelvas allí sigue aplicándote, haz las cosas lo mejor que puedas. La gente se muere de enfermedad, no de trabajar. Si trabajas sin escatimar esfuerzos, los jefes acabarán dándose cuenta tarde o temprano. Y si no consigues que te asciendan o que te hagan conductor, al menos encuentra la manera de ingresar en el Partido. He trabajado con lealtad al Partido toda mi vida y siempre soñé con ser miembro, pero nunca lo logré. A mí ya no me queda esperanza, la tengo puesta en vosotros. Si entras en el Partido, aunque te licencien y tengas que volver a casa, al menos será con dignidad.

4

Cuando volví a la unidad, mi jefe quiso verme. Dijo que nuestros superiores nos habían otorgado una plaza para el examen de ingreso al Instituto de Ingeniería del Ejército de Liberación y que, tras deliberarlo, habían decidido que fuera para mí, de modo que tendría que asistir a las clases preparatorias. Me zumbaba la cabeza. Me quedé un buen rato aturdido. Recuerdo perfectamente que ese mediodía nos hicieron una comida especial: una gruesa albóndiga «cabeza de león» para cada uno. En aquella época, eso constituía un manjar exquisito; pero yo lo comí saboreándolo tan poco como si se hubiera tratado de masticar cera. Por primera vez en mi vida, la carne me pareció insípida. ¿Por qué? Mi jefe creía desde el principio que yo había acabado la secundaria, de ahí que hubiera decidido elegirme a mí para presentarme al examen. Pero yo, en realidad, sólo había llegado a quinto de primaria; en lengua y en política era posible que lograra hacer buen papel; pero de matemáticas, física y química no tenía ni idea. El examen era sobre mantenimiento y reparación de computadoras, y eso para mí era de una dificultad excesiva. Sin embargo, si decía la verdad estaba perdido. Así que me armé de valor y acepté. Un técnico de radiotelecomunicaciones apellidado Ma, originario de Hunan y de la misma edad que yo, me tomó simpatía y, para animarme, me dijo que, por lo que sabía, nos habían asignado la plaza como trato

preferente a esa unidad periférica; que el examen no era más que un paripé para cubrir el expediente y que para aprobar bastaba con no entregar el papel en blanco.

—Pero si no sé hacer ni las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética —objeté—: ni sumar, ni restar, ni multiplicar, ni dividir.

—Yo te enseño —dijo él—. Con la cabeza que tienes, seguro que aprendes, hombre, si tenemos seis meses por delante.

Así fue como decidí luchar con todas mis fuerzas. Escribí a casa pidiendo que me enviaran todos los libros de texto que había usado mi hermano mayor en secundaria. Iba todas las noches a que me diera clases el técnico Ma. El jefe me autorizó a instalar una mesa y una silla en el almacén de herramientas para que pudiera estudiar allí cuando no estuviera de servicio; y para que pudiera concentrarme en mi preparación, un recluta del 77 me sustituyó provisionalmente en mis funciones de cabo segundo.

Mi hermano mayor era el primer estudiante universitario de Dongbeixiang, distrito de Gaomi, y yo viví el honor que recayó por ello en mi familia, de ahí que desde mi infancia soñara con cursar estudios superiores. Por fin se presentaba la ocasión de hacer realidad ese sueño. Pero era realmente muy difícil poder estudiar todas las matemáticas, la física y la química de secundaria en las horas libres y en sólo seis meses. No tenía tiempo para hacer ejercicios, sólo para leer el material; cuando conseguía entenderlo, seguía leyendo. Me aprendía de memoria mecánicamente todas esas fórmulas, como quien traga azufaifas enteras; las paredes del almacén quedaron cubiertas de mis fórmulas escritas a lápiz. Me debatía entre la confianza y la desesperación. Predominaba lo segundo, a medida que lo primero iba disminuyendo. Tenía un aspecto macilento y descuidado; mi instructor decía que parecía un presidiario.

En agosto, vino a verme.

—Me han llamado de arriba hace un momento —anunció—. Dicen que retiran la plaza en el examen que nos habían asignado. Espero que seas capaz de aceptarlo con entereza.

Por una parte, sentí que me quitaban un peso de encima. Por otra, la decepción fue profunda. El instructor comunicó el asunto a toda la unidad y añadió que yo volvía a asumir mis funciones de cabo segundo de guardia.

Era la época de la campaña por la culturización del ejército, y el instructor me

pidió que diera clases de matemáticas a los soldados. Fue en la práctica de mi labor docente cuando me di cuenta de lo mucho que había aprendido en esos seis meses. Más tarde, el oficial superior asistió a mi clase de trigonometría en calidad de inspector y le pareció que tenía muy buen nivel. Esa clase influyó en el hecho de que fuera destinado como profesor al Regimiento de Instrucción de Baoding. Al romperse en pedazos mi sueño universitario, el sueño de convertirme en escritor fue intensificándose. En aquella época, uno podía hacerse famoso con un solo relato. Me aboné a *Literatura popular y Artes y letras del Ejército de Liberación* y, a partir de septiembre de 1978, empecé a estudiar creación literaria. Primero escribí un relato titulado *Mamá*, y luego una obra de teatro en seis actos titulada *Divorcio*.

El cartero de nuestra unidad era un hombre de mediana edad, que tenía mal el ojo izquierdo. Se apellidaba Sun, y todo el mundo lo llamaba Viejo Sun, aunque también había oficiales un tanto frívolos que lo llamaban «el tuerto» a sus espaldas.

Siempre que oía la moto del Viejo Sun se me desbocaba el corazón, porque había enviado mis dos manuscritos y esperaba ansioso que llegaran noticias. La menos mala fue que *Artes y letras del Ejército de Liberación* me devolvía *Divorcio* con una carta escrita a pluma en que me explicaban que la obra era demasiado larga para el formato de la revista y me sugerían que probara suerte enviándola a otras publicaciones. Antes de trasladarme a Baoding tuve el reflejo inconsciente de empezar esa nueva etapa ligero de equipaje, a partir de cero, y quemé las dos obras en la estufa. En 1999 volví a la zona. El cuartel había sido transformado en granja de gallinas. Fui a echar una ojeada al almacén. Todavía se distinguían en las paredes las fórmulas de matemáticas, física y química que había garabateado.

5

1979 fue un año clave tanto para el país como para mí. Primero, el día 17 de febrero estalló el contraataque defensivo a Vietnam. Doscientos mil soldados entraron en Vietnam desde las líneas de Guangxi y Yunnan. A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, oímos por la radio la hazaña de Li Chengwen, muerto heroicamente al volar una fortaleza enemiga. Muchos de mis compañeros de promoción habían ido al frente. En lo más profundo de mí mismo, los envidiaba. Habría querido tener una ocasión como esa de combatir en el campo de batalla, de ser un héroe, de ascender a oficial por mis méritos si sobrevivía, y si moría, de ganar para mis padres la distinción de familiares de mártir de guerra y cambiar así su estatus político.

De este modo, al menos no me habrían criado en vano. En realidad, yo no era el único en pensar así. Era una idea muy simple y pueril, pero era muy propia de la mentalidad retorcida de los hijos de campesinos medios, completamente sometidos a la opresión política. Para llevar una vida de desgraciado, más valía morir. Mientras duró la guerra, nuestra unidad perdió ese aspecto indisciplinado que tenía habitualmente. Llevábamos a cabo nuestras actividades diarias — deporte, instrucción, guardias y trabajo físico— de forma concienzuda y esforzada. Pero la guerra acabó rápido, y la unidad recobró sus costumbres.

Ese año, a finales de junio, el jefe me permitió volver a casa para casarme. La boda fue el 3 de julio. Llovió a mares todo el día. Durante el permiso, vi a varios compañeros que habían combatido en el frente. Todos habían realizado acciones meritorias, dos de ellos habían ascendido a oficiales, y yo los envidiaba en mi fuero interno. ¿Qué me esperaba a mí? Posiblemente, al cabo de unos meses, volver a casa licenciado.

Al día siguiente de la boda, fui en bicicleta hasta la granja estatal de Jiaohe con la excusa de ir a ver a mis antiguos compañeros de clase. En realidad iba a ver el Gaz 51 del padre de Lu Wenli, que había estado a punto de matarme. Lo encontré en el parque móvil. El padre de Lu Wenli lo estaba pintando. Me dirigí hacia él y le ofrecí un cigarrillo.

—Señor Lu, ¿no me reconoce? —le pregunté.

Él sacudió la cabeza sonriendo.

—Fui compañero de clase de Lu Wenli, en primaria. Me apellido Mo. Me llamo Mo Xie.

—¡Ah, sí, sí, sí! —repitió—. Ya me acuerdo, ya me acuerdo. Una vez dejé el camión aparcado en el pueblo, y tú lo abriste y me robaste un par de guantes.

—Ese no fui yo —dije—, fue He Zhiwu. Pero no sólo le robó los guantes, también le vació los neumáticos.

—¡Ah, sí, ya sé, menudo zángano! —dijo—. ¡Vaya pajarraco era! ¡No llevaba dentro nada bueno! No sólo me vació los neumáticos, sino que se llevó los obturadores. Luego vino a negociar conmigo: estaba empeñado en que le prestara mi uniforme, con gorra y todo. Dijo que si me negaba, echaría abrojos de hierro por toda la carretera para destrozarme las ruedas.

Enseguida me vino a la memoria un día, dieciséis años atrás, en que vi el Gaz 51 del padre de Lu Wenli parado en la carretera, con cuatro de las seis ruedas reventadas. El padre de Lu Wenli estaba hecho un basilisco, soltando sapos y culebras por la boca. En esa época, la escuela también había considerado que yo era el principal sospechoso y me había sometido a un interrogatorio larguísimo. El profesor Liu el Bocaza blandía el atizador de la estufa al rojo vivo delante de mí exigiéndome que confesara. Pero yo no tenía mala conciencia, de modo que me mostré impasible.

Pregunté por Wenli. El hombre dijo que había encontrado empleo, que trabajaba en la fábrica de caucho del distrito.

—¡Qué bien que haya encontrado un trabajo aquí! La granja es propiedad del pueblo, y la fábrica de caucho es colectiva.

—¿No lo sabías? Ahora dependemos del gobierno del distrito, y las tierras se arrendarán^[11]. A partir de ahora seremos más o menos como campesinos.

—¿Y qué va a pasar con todo esto? —pregunté señalando el Gaz 51a medio pintar y todos los vehículos destartados del parque móvil.

—Lo que se pueda vender, se vende —dijo—, y el resto se echará a perder.

—¿Y el Gaz 51, también lo venderá? —pregunté.

—Hace unos días ese He Zhiwu me mandó un telegrama desde Mongolia Interior —respondió—. Ofrecía nada menos que ocho mil yuanes por este trasto. Digo yo que ese zángano se habrá vuelto loco, ¿no? Por cinco mil yuanes más podría comprarse un Liberación recién salido de fábrica. ¿Qué te parece? Me estará tomando el pelo, ¿no?

Muy impresionado, pensé: «¡Ay, He Zhiwu, He Zhi Wu! ¿Qué demonios estarás tramando con esa inteligencia tuya? Si puedes gastarte esa suma en un camión, será que te has hecho rico. Pero ¿por qué querrás comprar un vejstorio desdentado como este? ¿Serás capaz de eso por pura nostalgia?».

—Señor Lu, tampoco yo entiendo por qué querrá hacer esto. Pero estoy convencido de que no le está tomando el pelo.

—Que haga lo que quiera. Si de verdad quiere comprarlo... Pero lo cierto es que no me haría mucha gracia. Imagínate, ¿cuántos años llevo conduciéndolo? ¡Le tengo mucho cariño!

El padre de Lu Wenli dio un par de brochazos al camión.

—¿Dónde estás en servicio, muchacho? —preguntó.

—En Huangxian.

—En el 34.º Regimiento de la guarnición de Penglai, ¿verdad? —añadió.

—Estamos bajo la jurisdicción del Estado Mayor General y bajo la supervisión del 34.º Regimiento.

—El coronel Xu del 34.º y yo fuimos compañeros de armas. Cuando yo era jefe de compañía, él era el oficial que se encargaba de la instrucción en el regimiento.

—¡El coronel Xu nos dio una conferencia una vez! —dije ilusionado—. ¡Qué casualidad! ¿Quiere que le transmita algo de su parte? Pasado mañana vuelvo al cuartel.

—Él es un gran coronel, y yo un miserable camionero —dijo abatido—. Sería como hacerle la pelota.

Yo quería añadir algo, pero él se puso a pintar de nuevo. Por supuesto, yo había oído hablar de su caso. Al regresar de la Guerra de Corea fue jefe de compañía, con título de capitán; un porvenir brillante se abría ante él. Lamentablemente, le sucedió lo que a tantos varones que alcanzan el éxito de jóvenes: «Por detrás levantan el rabo, y por delante la cola», se le subió a la cabeza y cometió algún desliz que arruinó su espléndido futuro.

El día de mi regreso al cuartel, fui a propósito con tiempo de sobra a la capital del distrito y compré el billete de autobús a Huangxian. Tenía dos horas por delante. La ciudad era muy pequeña; en media hora a buen paso llegué a la fábrica de caucho. Pregunté por Lu Wenli al viejo conserje. Me dijo que le parecía que tenía el turno de noche y me preguntó quién era yo, para qué quería verla. Dije que habíamos sido compañeros de escuela, que había venido a visitar a mi familia, estaba de paso y quería aprovechar la ocasión para verla.

—¿Quiere que vaya a llamarla? —dijo, probablemente al ver que yo era militar.

—Sí, gracias —le contesté.

—Vigile la entrada por mí mientras. Voy a llamarla.

Yo iba mirando el reloj —un Zhongshan de treinta yuanes que me había prestado un compañero—, temiendo perder el autobús. Pasó un buen rato hasta que el conserje volvió con ella. Llevaba * un abrigo corto sobre los hombros. Venía en pantalón de chándal, arrastrando las chanclas, con el pelo revuelto y cara de sueño, bostezando sin parar. Me precipité hacia ella, saludándola.

—Ah, eres tú —dijo con frialdad tras mirarme de arriba abajo—. ¿Qué quieres?

—Nada... —contesté extremadamente incómodo—. Volvía al cuartel... y como me sobraba algo de tiempo antes de tomar el autobús... quise venir a ver a mi antigua compañera de clase... Anteayer fui a la granja de Jiaohe y vi a tu padre; me dijo que trabajabas aquí...

—Si no quieres nada, vuelvo adentro a dormir —dijo con impaciencia.

Dio media vuelta y se fue. Miré cómo se alejaba, profundamente desilusionado.

No llevaba ni dos meses en el cuartel cuando recibí la orden de trasladarme al regimiento de instrucción de Baoding.

—Por lo que parece, casarse trae buena suerte —dijo emocionado el compañero, paisano mío, que me había prestado el reloj Zhongshan para la boda—. Dentro de unos días, me caso yo también.

Poco antes de que me fuera, jugamos un partido de baloncesto los del escuadrón de guardia y los oficiales. Ese día jugué bien, encestando casi sistemáticamente. Fue el mejor partido de mi vida.

El 10 de septiembre me puse en camino con el técnico Ma, que tenía que ir a Pekín a hacer unas gestiones. Tian Hu nos llevó a la estación de Weifang en el Gaz 51. ¡Hasta otra, Gaz 51! (Pero no hubo otra; en realidad debería haber dicho: «Adiós para siempre». No volví a ver ese camión, ¿dónde estará ahora su carcasa? En cuanto al Gaz 51 del padre de Lu Wenli, la gente del pueblo me dijo que He Zhiwu había acabado comprándolo realmente y que, cuando fue a buscarlo, estuvo dando vueltas con el camión por la calle y por la pista del estadio, haciendo realidad su ideal de ser un día «el padre de Lu Wenli», antes de alejarse dejando una nube de polvo).

En Baoding, al principio fui jefe de escuadrón, responsable de la instrucción de los reclutas recién diplomados de la escuela secundaria. Después de dos años de estudios obtenían un nivel universitario y, al graduarse, entraban en plantilla como oficiales de grado 23. Su especialidad tenía un nombre larguísimo, pero en realidad consistía en ponerse unos auriculares y transcribir mensajes telegráficos.

Al cabo de un mes, acabada la instrucción, seguí en el regimiento, primero en calidad de miembro del comité de seguridad y luego como instructor. Daba clase de filosofía y de economía política, disciplinas en las que yo no poseía conocimientos, «para que el pato se suba a la percha, hay que forzarlo». Al principio, me costaba muchísimo, pero al cabo de un curso empecé a ponerme paulatinamente a la altura de las circunstancias. Entonces fue cuando volvió a latir con fuerza dentro de mí el impulso literario, que no había muerto del todo.

En septiembre de 1981, tras sucesivos rechazos, por fin publiqué en la revista *Lianchi* de Baoding mi primera novela, *Chun ye yu feifei* (densa lluvia en la noche primaveral). En la primavera del año siguiente, la misma revista me publicó *Chou bing* (el soldado feo). Ahora bien, un soldado raso que desempeñaba las funciones de un oficial, que en sus clases hablaba sin parar,

desgañitándose, de teoría marxista y al mismo tiempo era capaz de escribir novelas, por fuerza tenía que llamar la atención.

El 3 de noviembre de 1981 nació mi hija. Cuando buscábamos un nombre para ella, mi hermano mayor, que entonces trabajaba en Hunan, propuso Ailian (la que ama los lotos), por una parte porque mi primera novela se había publicado en la revista *Lianchi* (el estanque de los lotos); por otra, por el célebre ensayo en prosa poética de Zhou Dunyi, de la dinastía Song, titulado *Ai lian shuo* (del amor a los lotos). A mí Ailian me pareció un nombre demasiado común, y le pusimos Xiaoxiao (caramillo). Pero cuando la niña fue a la escuela, como los caracteres de Xiaoxiao tenían demasiados trazos, emplearon unas grafías homófonas que significan «risueña», y así se quedó.

En pleno verano de 1982, estando yo de vacaciones en mi pueblo, me llegó la noticia de que me habían ascendido a oficial, haciendo una excepción a las reglas establecidas y gracias a la ayuda de muchos altos cargos del Estado Mayor. El nombramiento como profesor oficial del Regimiento de Instrucción todavía debe de estar en el archivador. Recuerdo con claridad que fue mi padre quien me trajo la carta. Los destellos que vi en su mirada cuando le anuncié la buena nueva me produjeron felicidad y desolación a la vez. Sin decir una sola palabra, se puso la azada al hombro y se fue al bancal. La reacción de mi padre me hizo venir a la memoria la de un tío mío lejano, de un pueblo vecino, cuando ascendieron a su hijo. Se paseó por todo el pueblo tocando el gong y voceando: «¡Mi hijo ha sido nombrado oficial! ¡Mi hijo ha sido nombrado oficial!». La sobria discreción de mi padre bastó para que comprendiera en profundidad su carácter, su personalidad y su experiencia de la vida.

En otoño de 1984 aprobé el examen de ingreso al Departamento de Literatura del Instituto de Arte del Ejército de Liberación. Poco después escribí una novela que tuvo éxito, *Touming de hong luobo* (el rábano transparente), y luego *Sorgo rojo*, que causó sensación. En verano de 1986, estaba yo haciendo la compra en el mercado de mi pueblo, cuando me encontré con un hombre del pueblo vecino, apellidado Wan.

—Creo que te has hecho rico, ¿no? —exclamó sujetándome y con los ojos como platos—. Que con una novela has ganado más de un millón de yuanes, ¿no?

Ahora sería muy posible que una novela diera un millón de yuanes, pero en aquella época se trataba claramente de un bulo.

—¡No temas, que no voy a pedirte dinero! —añadió sin darme tiempo a aclarar las cosas—. Mi hijo ha aprobado y se va a estudiar a Estados Unidos, ¡dentro de unos años, nos saldrán los dólares por las orejas!

En otoño de 1987, Zhang Yimou llevó a Gong Li, Jiang Wen y demás actores a Gaomi para rodar *Sorgo rojo*. Inicialmente, se iba a llamar *El 9 del 9 en Qingshakou*^[12], y uno de los minibuses del equipo llevaba escrito ese título en caracteres rojos. No pregunté por qué llamaron a la película *Sorgo rojo* una vez finalizado el rodaje; ellos tampoco me lo dijeron. En aquella época, para nosotros, los de Dongbeixiang, distrito de Gaomi, un rodaje cinematográfico era lo nunca visto. Desde que Pangu había separado el cielo de la tierra, jamás nadie había ido a nuestro rincón del mundo a rodar nada. Antes del rodaje, invité a los principales miembros del equipo a comer en mi casa. Zhang Yimou y Jiang Wen se presentaron con el torso desnudo y la cabeza rapada, con la piel tostada por el sol; Gong Li con una vieja chaqueta rústica, un moño de los que llevaban las campesinas y sin maquillar; parecía una sencilla muchachita de aldea. La gente del pueblo creía que todas las actrices eran como diosas venidas del cielo; pero al ver a Gong Li se llevaron un buen chasco. En aquella época nadie podía imaginar que poco más de diez años después, Gong Li se habría convertido en una estrella mundialmente conocida, de actitud y movimientos distinguidos y refinados, de mirada seductora y expresión atractiva. El día del rodaje, el lugar estaba abarrotado de mirones. Había de todo, desde gente corriente que había viajado desde otros distritos, a decenas de kilómetros, en bicicleta, hasta altos cargos venidos de la ciudad en coche oficial. Pero todos por igual llegaron llenos de entusiasmo y se fueron decepcionados.

El equipo se alojaba en la casa de huéspedes del distrito, en habitaciones sin aire acondicionado ni baño. En esa época, las condiciones eran las mismas en casi todas las casas de huéspedes. Los actores de entonces no se daban aires de grandeza como ahora.

—Mucha gente se ha quedado con mala impresión de los actores —me dijo un amigo que vivía en el distrito, una vez finalizado el rodaje—. Sobre todo de Jiang Wen, que cada vez que hacía una llamada interurbana se tiraba cuatro horas hablando.

—Pero ¿pagaba las llamadas? —pregunté.

—Sí, claro —dijo.

—Si pagaba, ¿a ti qué más te da?

Supongo que ahora a nadie le importaría. Entre la época en que, en China, todo el mundo se interesaba por los asuntos privados de los demás, y la actualidad, en que la privacidad es un bien protegido, hay un abismo.

Hace poco vi por televisión a un actor de cine de principios de los años ochenta que había sido condenado a diez años de cárcel por «delito de comportamiento indecente» y que denunciaba la injusticia de la que había sido víctima. Sí, había tenido relaciones amorosas con varias mujeres, no fue más que eso, pero eso era algo considerado entonces delito grave. El caso causó sensación en todo el país. La mayoría consideraba que merecía la pena impuesta, nadie salió diciendo que era desproporcionada. Si se juzgaran con esa mentalidad las relaciones entre hombres y mujeres de ahora... ¡cuántas cárceles serían necesarias!

Cuando vi el vehículo destartado de la película, sacado de a saber dónde, pensé en el Gaz 51 del padre de Lu Wenli que había comprado He Zhiwu. Se parecían un poco en el color y la forma aunque, visto de cerca, el capó no era igual. En el pueblo oí decir que He Zhiwu seguía en Mongolia Interior; me pregunté si el Gaz 51 aún funcionaba.

6

En agosto de 1988, aprobé el examen de admisión para el curso de posgrado sobre literatura organizado por la Universidad Normal de Pekín y el Instituto de Estudios Literarios Lu Xun. En comparación con el entusiasmo que me embargaba cuando ingresé en el Instituto de Arte del Ejército de Liberación, en 1984, no sentí gran cosa. En el 84, cuando recibí el comunicado de admisión, me volví loco de alegría. Primero, porque por fin se cumplía mi sueño de hacer estudios superiores, segundo, porque se cumplía mi sueño literario. En esta ocasión, al entrar en un curso de posgrado, acabaría obteniendo un título de máster; pero yo ya había ganado mi inmerecida fama y ya tenía cierto conocimiento de la literatura. Sabía que para un escritor, cualquiera que sea su nivel de estudios, lo que importa es su obra, de modo que al principio no estaba muy motivado para hacer ese curso. Pero luego alguien me dijo que tuviera visión de futuro, que podría aprovechar la ocasión para aprender inglés y que eso, más adelante, me resultaría muy útil. Tenía toda la razón, indudablemente. Estudié con ahínco durante dos meses y memoricé varios centenares de palabras. Pero no tardó en estallar el movimiento estudiantil, la situación fue cobrando una tensión creciente y mucha gente dejó de tener ganas de ir a clase. Como a mí desde el principio me faltaba voluntad, la excusa me vino muy bien para dejar de lado el estudio del

inglés. Desde entonces he viajado a menudo al extranjero, y siempre me he arrepentido de no haber aprendido inglés cuando podía. Hace unos años volví a tener intención de aprender algo de inglés corriente, pero en los últimos tiempos se me ha pasado por completo. Ahora lo único que deseo es que alguien invente cuanto antes un conversor interlingüístico que sea a la vez simple, práctico, rápido y preciso, para resolver mis dificultades en el extranjero.

En primavera de 1990, volví a la capital del distrito. Tiré la vieja casa y, en el espacio de un mes, construí otra de cuatro habitaciones. Entretanto, recibí varios telegramas del curso urgiéndome a volver. Cuando lo hice, el director me aconsejó que lo dejara. Acepté sin pensármelo dos veces. Pero luego intercedieron numerosos compañeros de estudios y, gracias a la inestimable ayuda del profesor Tong de la Universidad Normal de Pekín, seguí inscrito.

El día que nos graduamos coincidió con el estallido de la Guerra del Golfo. Después de la apresurada ceremonia no hubo banquete ni fiesta. Un chico del servicio de cinematografía de donde yo trabajaba me llevó de vuelta en su moto con sidecar. Como no tenía donde dormir, no tuve más remedio que alojarme en un almacén de trastos viejos donde hordas de ratas se pasaban las noches armando jaleo. Una hembra hizo un nido en mi maleta y parió una camada. Después de eso mi ropa de vestir y de cama estuvo oliendo a pis de rata durante años. En el almacén había una docena de estatuas de yeso del presidente Mao. Las coloqué en la entrada y junto a la cama, a modo de centinelas. Unos amigos de mi círculo literario que se las habían arreglado para entrar en el cuartel pasando todos los controles de guardia, al ver esa formación dijeron que yo había sido el primer «icono» del país en hacer que una docena de presidentes Mao montaran guardia junto a la puerta y mi cama. Al cabo de dos años, me fue asignada una casa de dos habitaciones y pude salir del almacén, pero a menudo echo de menos los tiempos en que vivía con esa docena de presidentes Mao.

En primavera de 1992, de repente, alguien llamó a nuestra puerta. Era He Zhiwu, a quien no había visto desde hacía muchos años. Le pregunté cómo había encontrado nuestra casa, y él sonrió a modo de respuesta.

—No se va al Templo de los Tres Tesoros si no es para hacer plegarias — dijo.

—Si necesitas algo, dilo sin más —contesté—. Haré cuanto esté en mi mano por ayudarte.

Explicó que era empleado fijo del Departamento de Transporte y que quería que lo destinaran a Gaomi para poder cuidar de sus padres. Escribí una carta dirigida al jefe del distrito, se la entregué a He Zhiwu para que fuera él mismo a verlo. Le pregunté por el Gaz 51.

—¿No lo sabías? —me dijo mirándome sorprendido—. Se lo vendí al equipo de Zhang Yimou. El camión que sale en la película, que Jiang Wen y los demás cargan de tinajas de aguardiente de sorgo para usarlo como bomba incendiaria y que estalla en llamas era el Gaz 51 del padre de Lu Wenli. Ya ves —añadió—, yo también puse mi granito de arena en tu *Sorgo rojo*.

—No reconocí el capó —observé.

—¿Cómo puedes ser tan tonto? —dijo—. La gente del equipo sabía lo que hacía. ¿Cómo iban a hacer pasar tal cual un camión soviético por uno japonés? ¡No habría colado!

—¿Y por cuánto lo vendiste? —pregunté.

—A precio de chatarra —dijo—. Estaba desde el principio en el patio de la casa de mi padre. No sabía qué hacer con él. Así que aproveché esa ocasión para darle un final glorioso.

A principios de 1993, volví a Gaomi para celebrar el Año Nuevo^[13], y vino a verme He Zhiwu. Me dijo que ya había sido destinado allí y que trabajaba en la Delegación de Gaomi en Qingdao.

—Sí que te las arreglas bien —dije.

—Todo gracias a aquella carta que escribiste —dijo él.

En los años siguientes, fue con frecuencia a verme a Pekín. Siempre me invitaba a comidas de lujo. Parecía haber prosperado mucho. Me decía una y otra vez que fuera a verlo a Qingdao. Ya no tenía a nadie en Gaomi. Había abierto su propia empresa, y los negocios marchaban bien. Si yo iba, él se ocuparía de todo. Conocía al dedillo la situación de todo el mundo, incluso la de los profesores.

A través de él me enteré de qué había sido de nuestros compañeros de escuela. Por él supe que hacía tiempo que el profesor Zhang, el que nos daba Redacción, se había jubilado de su puesto de director de estudios y disciplina en

un instituto de enseñanza secundaria superior del distrito. De sus dos hijos, uno se dedicaba al negocio maderero, el otro era secretario del comité de la Liga de las Juventudes Comunistas de Chengnanxiang. El profesor Liu el Bocaza, en su periodo de mayor esplendor, había sido subdirector del Consejo de Educación del distrito. Al morir su esposa, y a pesar de la diferencia de edad, se casó en segundas nupcias con Lu Wenli, que entretanto había quedado viuda. El primer marido de Lu Wenli era hijo de un alto cargo del distrito, un sinvergüenza que iba de putas, jugaba y cometía todos los excesos posibles. Al parecer, no contento con eso, le pegaba palizas. Un día en que conducía una moto borracho, se estrelló contra un árbol y se mató.

—Pero ¿cómo pudo Lu Wenli irse con el profesor Liu? —pregunté—. ¡Es inconcebible!

—¿Acaso era concebible meterle la pelota en la boca de un palazo? —replicó He Zhiwu.

Indudablemente, eso formaba parte de las cosas inconcebibles, lo que demuestra que los asuntos de este mundo sufren infinitos cambios y evoluciones, que la suerte reúne a las parejas predestinadas a través de las más extrañas e imprevisibles coincidencias. No hay nada imposible.

7

En agosto de 2008, fui a Qingdao especialmente para encontrarme con He Zhiwu. Hasta entonces, siempre que había ido allí había sido para dar conferencias o para asistir a reuniones, con el tiempo demasiado justo, lo cual disgustaba a He Zhiwu.

—¿Por qué no vienes alguna vez sólo para verme? —dijo—. Podríamos pasar unos días hablando, tengo un montón de cosas que contarte, te garantizo que te inspirarán mucho y que te servirán para escribir una buena novela. Una vez me prestaste diez yuanes, y yo te los devolveré en material para un libro.

He Zhiwu me había reservado una suite de lujo en el Hotel Imperial Huiquan. Tenía vistas al mar y se oían las olas. En el instante mismo en que me senté, empezó a contarme lo que había sido su vida a lo largo de los últimos treinta años. Casi no paró de hablar en los tres días siguientes, ya estuviéramos tomando un trago o paseando por la playa y, aunque siempre pedía los manjares más exquisitos, prácticamente los comía yo solo.

—¡Come tú también, hombre! —le decía—. Está mal dejar una comida tan cara.

—No, come tú —decía él—, que yo tengo los «tres niveles altos»: el colesterol, la tensión y el azúcar; no puedo comer todas estas cosas.

Bebía, fumaba y hablaba sin parar. Dio unos días libres al chófer para conducir él, y recorrimos la costa surcando el viento.

—Con lo que has bebido, ¿no es peligroso? —dije.

—Tú tranquilo —contestó—. Soy como Wu Song, cuanto más bebo, mejor se me da todo.

—No nos vaya a parar la policía...

—¡A ver quién es el guapo que tiene la cara de detenerme! —dijo riéndose.

Mientras conducía, iba hablando y gesticulando sin parar.

—Oye, sería mejor que te concentraras en la conducción —sugerí.

—Tranquilo —dijo él—. Llevo conduciendo más de treinta años. En cuanto me pongo al volante, el coche y yo somos uno solo. Aunque para conductor verdaderamente extraordinario estaba Lu Tiangong. Aquel puente pequeño de piedra que hay al final del pueblo tenía el mismo ancho que el Gas 51, y el tío pasaba como si tal cosa, sin frenar ni nada.

Iba a preguntarle quién era ese Lu Tiangong, pero enseguida comprendí de quién se trataba. Eso también me dio la medida de la distancia que había entre He Zhiwu y yo.

—Con los diez yuanes que me prestaste, me fui a la estación —dijo—. Compré un billete para el tren ómnibus a Weifang, que me costó un yuan con veinte. El tren salía de Qingdao y llegaba hasta Shenyang. Aunque mi billete sólo era para Weifang, yo lo que quería era ir hasta Shenyang. El control de billetes era muy estricto; cada vez que tocaba, dos policías se apostaban en las puertas del vagón, y que a nadie se le ocurriera salir. Si te pillaban, en el mejor de los casos, te echaban del tren; en el peor, antes de echarte, te molían a palos. Delante de mí iba un soldado del Ejército de Liberación que llevaba un brazal negro. Pensé que seguramente se le había muerto el padre o la madre. Ya sabes, el abuelo Wang Gui me enseñó la fisiognomía mágica de Mayi^[14].

Yo no tenía ni idea.

—Así que trabé conversación con él tratando de ganarme su simpatía. Fuimos hablando, hicimos buenas migas. Se le acababa de morir el padre, y llegué a convencerlo de que su padre y yo habíamos sido amigos del alma, así que confió en mí por completo. Entonces le dije: «Hermano, estoy en un apuro, a ver si puedes echarme una mano». El soldado se sacó un billete a Shenyang del bolsillo y me dijo en voz baja: «Úsalo tú, lo enseñas y luego me lo dejas debajo de la taza

de té». Al ver que venía el revisor, el soldado se levantó, fue hasta la empleada encargada de servir el té, le cogió la tetera y se puso a servir él a los pasajeros, lleno de entusiasmo. La gente decía que era Lei Feng^[15] redivivo. En aquella época, el Ejército de Liberación tenía muchísimo prestigio. Gracias a su ayuda, pude llegar sin problemas hasta Shenyang. Desde entonces tengo especial simpatía por los militares. Mi hija mayor se casó con un comandante de submarino nuclear de la flota del mar del Norte; la pequeña está saliendo con un comisario político de ese mismo submarino, y yo apoyo con entusiasmo la elección de ambas. Con una hija casada con el comandante y la otra con el comisario político, ¿se puede decir que nuestra familia tiene controlado el submarino nuclear!

Y se echó a reír a carcajadas. Y siguió contándome su historia:

—Mi mujer es descendiente de una familia noble de rusos blancos que vinieron huyendo de los bolcheviques. Es rusa de pura raza, pero como nació en China y siempre ha vivido aquí, es una auténtica ciudadana china. En 1979 yo ya era rico. ¡Tenía ahorrados treinta y ocho mil yuanes! Soy echado para adelante y no me importa correr riesgos, aunque siempre basándome en un estudio previo de la cuestión.

»A finales de 1978, tras la III Sesión Plenaria del Comité Central del XI Congreso del Partido Comunista, empezó la reforma agraria, se disolvieron las comunas populares, se empezaron a arrendar las tierras. Enseguida pensé que lo que más necesitaban los campesinos contratados eran animales de tiro: caballos y bueyes. En aquella época, en Mongolia Interior, podías comprar un caballo grande y robusto por sólo cuatrocientos yuanes y revenderlo en el resto del país por mil yuanes. Podías comprar un buey de cuatro dientes por sólo doscientos yuanes y sacar por él como mínimo seiscientos en el resto del país. Por aquel entonces yo tenía un estudio fotográfico en la capital del distrito, y funcionaba muy bien. Para conseguir más dinero, lo vendí por diez mil yuanes y compré a unos pastores una recua de treinta caballos. También contraté a un pastor para que me acompañara en el viaje. Cuando llegamos al norte de Hebei, hombres y bestias estábamos cansados y escaseaba el forraje. Me estrujé los sesos buscando una solución. Llevé la recua al recinto del gobierno del distrito en la ciudad de Xuanhua. Fui directamente a ver al jefe del distrito, le conté que era pastor en Mongolia Interior, que había oído decir que tierra adentro había comenzado la

contratación de familias de agricultores, que en primavera empezaban los trabajos agrícolas y hacían falta animales de tiro, y que por eso había traído mis treinta caballos, y que los cedía gratis. El jefe del distrito, que se apellidaba Bai, se quedó de piedra, no se lo podía creer. Le dije que de verdad eran gratis. El hombre salió corriendo al patio y vio los caballos.

»—No podemos aceptarlos a cambio de nada —me dijo—. Vamos a hacer una cosa. Te daremos ochocientos yuanes por cabeza.

»—No me dé tanto —le dije yo—. Vamos a dejarlo en seiscientos por cabeza. Si necesitan más, vuelvo inmediatamente a Mongolia y les traigo otros cien caballos. También pueden enviar a alguien, yo les ayudaría en la compra.

»Así fue como esa primavera me convertí en tratante de caballos y gané treinta y ocho mil yuanes. Y el jefe del distrito Bai, que ahora es vicegobernador provincial, y yo nos hicimos íntimos amigos.

»Cuando uno tiene dinero, llega la hora de fundar una familia y dedicarse a un trabajo estable. En aquella época, mi intención era volver al pueblo y hacer realidad mi sueño de juventud. Para qué te voy a engañar, yo estaba secretamente enamorado de Lu Wenli. Pensaba hacerle un regalo de reencuentro: comprarle el camión de su padre, y llevármela a Mongolia Interior, casarme con ella y hacernos ricos.

»Me informé: la granja estatal ya había pasado al sistema de contratas, y el camión ya era propiedad de Lu Tiangong. Así que le envié un telegrama y le compré el camión por ocho mil yuanes. Era un precio desorbitado, desde luego. En aquellos tiempos, un Yuejin Nj 130 fabricado en Nanjing, que era exactamente como el Gaz 51, costaba eso mismo. El trasto de Lu Tiangong valía como mucho dos mil yuanes.

»—Considera la compra a este precio desorbitado como regalo interesado —le dije cuando le di los ocho mil yuanes—. Igual que Xiang Zhuang ejecutando la danza de la espada con la mente puesta en el duque de Pei^[16], yo también tengo fines ocultos: te he comprado el camión —le dije— con la mente puesta en Lu Wenli.

»Lu Tiangong se echó a reír.

»—¿Crees que no me había dado cuenta? —me dijo—. A ver si te crees que puedes esconder la malicia que llevas dentro. Lo que pasa es que mi mujer y yo no podemos imponer un matrimonio a Wenli. Si eres tan listo, pídeselo tú. Pero

que sepas, chaval, que ya no tienes ninguna posibilidad. El hijo del vicesecretario Wang, del comité del Partido del distrito, se ha encaprichado de ella. A mí, la verdad, no me gusta nada ese tipo, tiene pinta de facineroso, se nota a primera vista que no es buena persona. Pero al fin y al cabo, es hijo del vicesecretario del comité del Partido y, si Wenli acepta, su madre y yo no tendremos más remedio que empujar la barca río abajo y dejarnos llevar por la corriente. Pase lo que pase luego, habremos vivido un tiempo de esplendor como parientes del vicesecretario del comité del Partido del distrito.

»Di unas cuantas vueltas al pueblo con el Gaz 51 para hacerme el interesante, ¡era un joven cabeza hueca! Luego fui a todo trapo hasta la capital del distrito. ¿Qué cuándo había aprendido a conducir? En el 76, en una tejería donde trabajaba cargando camiones, allí me hice amigo de un conductor, el viejo Xu; él me enseñó. ¡Con los aires que se daba el padre de Lu Wenli cuando éramos pequeños! En realidad, esto se aprende en lo que lleva fumarse un pitillo.

»Fui con el camión hasta la fábrica de caucho para hablar con Lu Wenli, pero el conserje me dijo que la habían destinado a la oficina de correos y telégrafos del distrito. El conserje rajaba por los codos. Me dijo: “¿Cómo iba a trabajar en una fábrica de caucho la futura nuera del vicesecretario del comité del Partido, con la humareda negra que hay aquí siempre y la peste que se respira?”. Así que me dirigí a la oficina de correos, aparqué enfrente de la puerta y fui a los almacenes de al lado a comprarme un par de zapatos de cuero. Con los zapatos nuevos iba incomodísimo y me parecía que todo el mundo me miraba los pies. Nada más entrar en correos vi a Lu Wenli. Estaba detrás del mostrador de venta de sellos hablando con una señora. Me acerqué.

»—Lu Wenli, soy He Zhiwu —le dije—, fuimos compañeros de escuela. Tu padre me ha dicho que venga a verte.

»Se quedó sorprendida unos minutos.

»—¿Qué quieres? —preguntó cortante.

»—Ese es el camión de tu padre —dije señalándolo—. Me ha dicho que venga a buscarte.

»—¡Estoy trabajando! —dijo.

»—No importa —contesté—. Te espero dentro.

»Me subí a la cabina a esperarla fumando.

»En aquella época la capital del distrito era muy cutre; los edificios más altos

tenían tres pisos. Sin embargo, me quedé mirando desde el camión la bandera roja que ondeaba encima del edificio de correos y el cedro que había detrás, y me parecieron imponentes. Antes de que me acabara el pitillo, Lu Wenli salió de Correos. Abrí la puerta del camión para que pudiera entrar. Sin decirle nada, arranqué el motor y nos fuimos.

»—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

»No le contesté. Seguí conduciendo a toda velocidad, mirándola de soslayo. Iba silbando, con los brazos cruzados. De pequeña no lo hacía, y me gustó mucho. Realmente, “las chicas cambian al pasar de niña a mujer”. Salimos de la ciudad y paré el camión en un descampado que había junto al estadio del instituto n.º 1 de enseñanza secundaria. ¿Por qué me paré allí? Pues porque allí era donde había sido campeona juvenil de ping-pong femenino. Me volví hacia ella, la miré fijamente. Era realmente preciosa. Sin duda se dio cuenta de algo, porque se puso un poco en guardia y parecía un poco enfadada.

»—¿Qué demonios vas a hacer?

»—Wenli —le dije sin rodeos—, me gustas desde hace más de diez años. Cuando salí rodando de la escuela, decidí en secreto que, si me iban bien las cosas, volvería a buscarte para casarme contigo. Allí —dije señalando el edificio de oficinas del instituto, una antigua iglesia cristiana de antes de la Liberación—, cuando se celebró el torneo de ping-pong y quedaste campeona, decidí que me convertiría en alguien de provecho y volvería para casarme contigo.

»—¿Así que ahora te van bien las cosas? —dijo con un mohín—, ¿te has convertido en alguien de provecho?

»—En líneas generales se puede decir que sí. ¿Cuánto ganas al mes? —pregunté.

»No contestó.

»—Aunque no lo digas, yo ya lo sé —dije—. Ganas treinta yuanes al mes, trescientos sesenta al año. Allá en Mongolia Interior he ganado treinta y ocho mil yuanes vendiendo animales de tiro. Eso equivaldría a cien años de tu sueldo. Ocho mil los he gastado en comprar este viejo trasto a tu padre. Eso es como si hubiera dado a tus padres una buena jubilación para que en el futuro no tengas que preocuparte de ellos. Allá tengo muchos amigos. He preparado el terreno. Con ese capital de treinta mil, en pocos años me habré... no, nos habremos convertido en una familia rica, ¡incluso en millonarios!

Puedo garantizarte que, uno: nunca te faltará dinero que gastar; dos: siempre me portaré bien contigo.

»—Qué lástima, He Zhiwu —dijo con frialdad—. Ya estoy prometida.

»—Pero no estás casada —dije—. Y aunque lo estuvieras, siempre podrías divorciarte.

»—¿Cómo puedes decir esos disparates? —exclamó—. ¿Con qué derecho interfieres en mi vida? ¿Porque le has comprado el camión a mi padre? ¿Porque tienes treinta mil yuanes?

»—Lu Wenli —dije—, porque te amo, y no quiero que vivas un infierno. He estado indagando: ese Wang Jianjun es un sinvergüenza y se dedica a ligarse a chicas jóvenes...

»—He Zhiwu —dijo ella interrumpiéndome—, ¿no te da vergüenza decir estas cosas?

»—Lo que quiero es salvarte —repliqué—, ¿qué tiene eso de malo?

»—¡Pues muchas gracias por tu bondad! —dijo ella—. ¡Tú y yo no tenemos nada que ver! ¡Ya me ocuparé yo misma de mis asuntos! ¡No tienes ningún derecho a entrometerte!

»—Por favor, piénsatelo bien —le dije.

»—He Zhiwu, déjame en paz de una vez, ¿vale? —me contestó—. Si Wang Jianjun se enterara de esto, haría que te mataran de una paliza.

»—¡Ojalá se entere! —dije riéndome—. ¿Por qué no se lo cuentas tú misma?

»Abrió la puerta y se bajó del camión.

»—He Zhiwu —dijo—, no creas que porque tienes dinero puedes permitirte olvidar quién eres. A ver si te enteras, ¡el dinero no lo puede todo!

»Dio media vuelta y echó a andar hacia la ciudad. Me quedé mirando cómo se alejaba. “Es verdad, el dinero no lo puede todo —pensé—, pero el que no tiene dinero no puede nada. ¡Lu Wenli, ya te las apañarás!”.

»Volví a casa, derribé un trozo de muro para poder meter el camión del padre de Lu Wenli en el patio, lo cubrí con una lona protectora y luego volví a levantar el muro. Pedí a mi padre que cuidara del camión.

»—¿Qué lo cuide de qué? —protestó—. ¡Ni que fuera a salir volando!

»Le dije que tuviera visión de futuro, que algún día ese camión sería de gran utilidad.

»Tras asegurarme de que a mis padres no les faltara de nada, volví a

Mongolia Interior y llevé conmigo a mis dos hermanos menores. Juntos hicimos fortuna con negocios de todo tipo: vendimos madera, acero, ganado, cachemira, el dinero llegaba a espaldas. Tengo arrojo y tengo ingenio, te lo voy a demostrar con una anécdota.

»En aquellos tiempos, el tráfico de cachemira era ilegal; si cruzabas la Gran Muralla con una tonelada de cachemira de contrabando podías conseguir diez mil yuanes de beneficio. Habían puesto una barrera de control de camiones, así que compré dos camiones idénticos, el de delante iba cargado de algodón; el de detrás, de cachemira; los dos tapados con lona impermeable. Cuando llegamos cerca del control, aparcamos el camión de cachemira y avanzamos con el del algodón para que lo inspeccionaran. Mientras los guardias hacían su trabajo, les ofrecí cigarrillos, les di botellas de aguardiente, les prometí que a la vuelta les traería cosas de tierra adentro. Cuando acabaron, pasé. Pero, al cabo de un rato, di media vuelta y les dije que había perdido una rueda de repuesto, que tenía que volver a buscar una. Conduje el camión del algodón hasta donde estaba el de la cachemira, dejé aparcado el primero y me llevé el segundo. Al pasar por el control les dije a los guardias que ya tenía la rueda y, como acababan de controlarme, ya no me inspeccionaron. Con ese truco, mis hermanos y yo vendimos cuarenta toneladas de cachemira en una primavera y ganamos cuatrocientos mil yuanes netos. Al tener cada vez más dinero, tuve también cada vez más amigos, de modo que conseguí tarjetas de residencia para mis hermanos y los coloqué en una empresa de transporte. En aquella época se rendía culto a la tarjeta de residencia y al empleo fijo.

»En 1982, fui al pueblo a ver a mis padres y mandé construirles una casa nueva. Conservamos la vieja, donde siguió el camión, al que cambié la lona. Para entonces mi padre ya no se atrevía a protestar por nada de lo que yo hiciera.

»—Zhiwu es buen hijo —le decía a mi madre—, no hay que estar siempre discutiendo sus decisiones.

»Todavía me quedaba un hilo de esperanza respecto a Lu Wenli. Pero luego me enteré de que ya estaba casada con Jianjun y, según decían, vivía muy bien. Así las cosas, pensé que yo también tendría que casarme.

»En cuanto se supo que buscaba pareja, una docena de casamenteras vinieron a verme. Todas las chicas que me presentaban estaban muy bien, pero no elegí a ninguna. Un día, vino una mujer por iniciativa propia, sin intermediario. No era

otra que mi mujer Yulia, que entonces trabajaba en el centro de ganadería de la bandera^[17]. La apodaban Dos Muertes, porque, vista desde atrás, como tenía muy buen tipo, te morías de deseo; y vista por delante, con la cara llena de marcas de viruela, te morías del susto. Vino a hacerme una visita.

»—Hermano He, dime una cosa, ¿por qué buscas esposa?

»—Primero, porque quiero tener hijos —dije después de pensármelo un momento—. Segundo, porque quiero a alguien que me lave la ropa y me cocine.

»—Entonces soy la mejor elección —dijo.

»Me lo pensé unos instantes.

»—¡Pues no se hable más! —dije dándome una palmada en la pierna—. ¡Venga, vamos al registro!

»La boda causó sensación en toda la bandera. ¡Imagínate: He Zhiwu, el hombre más rico de toda la bandera, se casa con una mujer con la cara picada! Mucha gente no lo entendía. ¿Cómo iban a entenderlo? ¿Lo entiendes tú? Cuando veas a mis dos hijas, bonitas como diosas, lo entenderás. Y cuando veas a mi hijo futbolista lo entenderás. Mi mujer es guapa de cara; lo único feo que tiene son las marcas de viruela. Pero eso no se hereda, en cambio, su sangre de rusa blanca y su tipazo, sí. Además, con una mujer de raza china sólo me habrían permitido tener un hijo; pero con una de una minoría étnica podía tener dos con toda legalidad, y hasta tres si me movía un poco. Ahora entiendes por qué mis dos hijas tienen “secuestrado” un submarino nuclear, ¿no? ¡Son bellezas mestizas, con una presencia y una distinción fuera de lo común! Lo tengo clarísimo: si un hombre no puede casarse con la mujer a la que ama, tiene que buscarse una que le aporte el mayor número de ventajas posible. Y Yulia es ese tipo de mujer.

»En los años noventa pensé: “Para hacer negocios realmente importantes y ser rico de verdad, hay que ir a la costa”. Por eso fui a verte a Pekín. Primero fui destinado a nuestro distrito, y luego me instalé en Qingdao. Al principio, a mi mujer le costaba hacerse a la idea de dejar la casa de Mongolia Interior.

»—Allá en Qingdao, ¡haré construir un edificio para ti! —le dije.

He Zhiwu señaló un edificio blanco como la leche que se elevaba a lo lejos.

—Ese edificio es nuestro.

Siguió contándome muchas de sus hazañas en Qingdao, que ya he olvidado; no eran más que asuntos de cuánto dinero gastaba, cuántos amigos conseguía, de pérdidas insignificantes a cambio de grandes ganancias.

—¿Recuerdas, He Zhiwu, esa obrita cómica que representamos al principio de la Revolución Cultural? —le pregunté—. Yo llevaba la chaqueta raída del profesor Zhang, y debajo había metido una pelota de baloncesto a modo de barriga porque hacía de Nikita Jrushchov. Tú llevabas el pelo cubierto de harina porque hacías del Jrushchov chino, Liu Shaoqi. Y cantábamos: «¡Hola Shaoqi, tunante! ¡Hola Nikita, pillo! / Hoy cantaremos juntos bonitos estribillos». Y yo decía: «Coced bien las patatas, que ya echaremos carne». Y tú decías: «Con poquito que gaste me lleno los bolsillos». La clave de tu éxito, ¿no es esa: «Con poquito que gaste me lleno los bolsillos»?

Estuvo pensando unos instantes.

—En líneas generales, sí —contestó—. Pero no del todo. Más de una vez he salido muy trasquilado sin haber ganado nada.

—¿Te refieres a cuando compraste el Gaz 51 al padre de Lu Wenli?

—No seas bruto —dijo—. Siempre he sido muy calculador con todo el mundo, salvo con Lu Wenli.

—¿Fuiste a verla cuando murió su marido? —le pregunté.

—El marido de Lu Wenli se mató en 1993. Para entonces yo ya estaba en Qingdao dedicándome al negocio de los derivados de acero en colaboración con la amante de un pez gordo. Gracias a su influencia, éramos los proveedores en derivados de acero para todas las constructoras de Qingdao. Al enterarme de que Lu Wenli se había quedado viuda, el corazón me dio un vuelco. Le conté la historia a mi mujer. Ella, muy generosa, me dijo: «Ve a buscarla. Que se venga. Por mí, como si te casas con ella o la tienes de querida». Pero antes de que pudiera ir a buscarla, vino ella. Llevaba un vestido negro y unos guantes blancos; iba muy maquillada. Era una mujer madura de muy buen ver y conservaba mucho encanto.

»—He Zhiwu, he salido del infierno —me dijo nada más verme.

»—¿Qué quieres? —le pregunté sin más preámbulos—. ¿Ser mi esposa o ser mi amante?

»También ella fue directa.

»—Ser tu esposa, por supuesto.

»—Eso sería el parto de los montes. Mejor que seas mi amante. Te pondré un piso junto a la playa y te mantendré.

»—Entonces ya no te entretengo más —dijo con una sonrisa triste.

»Muy poco después me llegó la noticia de su boda con Liu el Bocaza. Fui solo en coche hasta el descampado de delante de la granja de Jiaohe, con dos botellas de aguardiente y dos paquetes de cigarrillos. Allí era donde había expresado al padre de Lu Wenli mi amor por su hija. Estuve bebiendo, fumando, pensando. Siempre había creído que tenía talento para la fisiognomía, que era un conocedor perspicaz del ser humano. Pero en realidad era “medir al noble por el rasero del vil”. Si a menudo he sido perspicaz en mi conocimiento del ser humano es porque la mayoría de las personas con las que he tratado eran igual de viles que yo. Pero Lu Wenli es noble.

La víspera de mi regreso, He Zhiwu me invitó a cenar a su casa. Su mujer hizo empanadillas tres delicias y, siguiendo la costumbre de Gaomi, las acompañó con un bol de ajo machacado. Era una mujer corpulenta y amabilísima, la personificación de la buena esposa y madre cariñosa. Estábamos ya medio borrachos cuando He Zhiwu se levantó y apagó la luz. Me dijo que mirara la ventana de la cocina. Vi brillar y lanzar destellos una docena de figuras en forma de monedas de cobre antiguas, redondas con un agujero cuadrado en el centro.

—¿De dónde viene la proyección? —pregunté.

—Ni idea —dijo—. Estuve indagando mucho tiempo sin dar con ello. Mira que hay montones de casas espléndidas junto al mar, pero no las quiero. Aquí es donde quiero quedarme.

«Ya estás junto al mar», estuve a punto de decir. «La avaricia es mar sin fondo y sin orillas», pero me callé a tiempo. Los hombres de negocios, cuanto más ricos son, más supersticiosos; les gusta oír palabras auspiciosas, y las que traen mala sombra son tabú. Así, cambié mi refrán por «El dios de la riqueza bendice esta casa», y él se quedó encantado.

—¡Desde luego, eres un gran escritor! —dijo—. ¡Con qué facilidad te salen frases hechas!

Un tiempo después, He Zhiwu me llamó a Pekín para decirme que había visto un terreno que le gustaba junto al mar, en Longkou, y que lo quería para hacer negocio inmobiliario.

—¿Puedes venir? —preguntó—. El encargado de la oficina de administración de tierras es Zuo Lian, el hijo del director Zuo de la estación de radiogoniometría de Huangxian cuando acababas de entrar en el ejército. Cuando oyó tu nombre se le iluminó la cara. Dijo que lo habías visto crecer.

Estuve dudando, pero al final puse una excusa para no ir.

8

En mayo de este año, el Departamento de Cultura y el de Radio y Televisión del distrito de Gaomi organizaron conjuntamente el primer gran concurso televisado de ópera *maoqiang*. El director del Departamento de Cultura, el señor Lu, vino expresamente a Pekín a invitarme a formar parte del jurado. Habría sido difícil rechazar tan amable invitación, de modo que acudí. Hacía tres años, el *maoqiang* de Gaomi había sido declarado patrimonio cultural del país. Y para que tuviera continuidad, el gobierno del distrito y el comité del Partido habían decidido crear un grupo juvenil y seleccionar para ello a cuarenta alumnos de primaria que serían enviados a la Escuela de Arte de Weifang a recibir formación. Al final de sus estudios, entrarían en plantilla. Gracias al acicate del gran concurso televisivo, el asunto despertó mucho interés durante un tiempo, y el número de candidatos sobrepasó las quinientas personas. Como yo me alojaba en la casa de huéspedes del gobierno del distrito, todos los días venían conocidos míos, amigos y parientes a pedirme ayuda para que sus hijos entraran en el grupo, hasta el punto de que acabé harto. Debido a que tenía que reunirme con ciertos escritores importantes para hablar de la creación de nuevos libretos para el grupo de *maoqiang*, no podía volver a Pekín inmediatamente, de modo que el señor Lu me buscó otro hotel para evitarme ese acoso. Quién iba a decirme que, apenas unas

horas después de instalarme en mi nuevo alojamiento, recibiría un sms en el móvil: «Hola, compañero de escuela. Es probable que a estas alturas ya no te acuerdes de mí. Soy Lu Wenli. Estoy ahora mismo en la recepción de tu hotel. ¿Podrías bajar y hablamos un momento? Sólo serán cinco minutos».

Nos sentamos en el bar, y vino el camarero.

—¿Qué quieres tomar? —pregunté a Lu Wenli.

—¿Tienen bebidas alcohólicas? —preguntó.

Me quedé de piedra.

—Por supuesto que sí —dijo el camarero sonriente—. ¿Qué desea tomar?

—Cualquier cosa con alcohol.

El camarero me miró sin dejar de sonreír.

—Pónganos dos copas de vino tinto —dije.

Nos recitó toda una retahíla de marcas de vino.

—Traiga el mejor —dije.

—Invito yo —se apresuró a decir Lu Wenli—. No se hable más.

—No hace falta —dije—, que lo carguen a mi habitación.

—Es verdad —dijo con voz tenue tras una pausa—, ahora eres un personaje importante, ya sólo te veo por televisión.

—¿No exageras un poco? —dije—. Un impostor teme encontrarse con un paisano, pero más aún encontrarse con un compañero de escuela. Y nosotros no sólo íbamos a la misma clase, sino que compartíamos pupitre.

—Creí que lo habrías olvidado.

—Imposible —dije—. De los cincuenta en adelante, uno no tiene memoria para las cosas recientes, pero las del pasado las recuerda cada vez mejor.

—A mí también me pasa —dijo ella—. Hasta sueño con las cosas de entonces.

—Eso es que nos hacemos mayores —dije.

—Para un hombre, los cincuenta y pico son una edad estupenda —dijo ella—. Las mujeres, en cambio, a partir de los cincuenta nos convertimos en brujas.

A pesar de que su vestido negro era holgado, no conseguía ocultar el grosor de su cintura. Su rostro ovalado, antaño fino y delicado, se había vuelto redondo como una luna. Tenía bolsas y ojeras.

Llegó el vino, alzamos las copas, brindamos, y ella se apresuró a tomar un sorbo.

—¿Qué tal está el profesor Liu?

Lanzó un suspiro.

—Murió.

—¿Cómo...? —exclamé sorprendido—. Si sólo tenía sesenta y pico...

—Mi destino es ser viuda. Soy perniciosa para los hombres.

—Eso es absurdo —dije.

Tomó otro sorbo, y unas lágrimas brillaron en sus ojos.

—He tenido una vida muy dura... —dijo mirándome fijamente.

Me quedé sin saber qué decir para consolarla, de modo que levanté la copa, y brindamos de nuevo. Lu Wenli vació la suya de un trago.

—Dejemos este tema —dijo—. He venido a pedirte un favor.

Sacó una foto y me la enseñó.

—Es mi hija, Liu Huanhuan —dijo—. La inscribí a los exámenes de selección para el grupo de *maoqiang*. Ya ha pasado dos; está entre los sesenta finalistas. He oído decir que todos los padres se están moviendo mucho por sus hijos, así que no me quedaba más remedio que echarle cara al asunto y venir a verte.

Examiné la foto. Liu Huanhuan recordaba vagamente al profesor Liu por sus ojos grandes, su boca grande. Pero se parecía más a Lu Wenli. Me parecía haber oído hablar de esa niña a los miembros del jurado, de modo que envié un sms al señor Lu para informarme. Su respuesta fue: «Extraordinaria. Si sólo hubiera que seleccionar dos, Liu Huanhuan sería una».

Di a leer el mensaje a Lu Wenli, que se echó a llorar a lágrima viva.

—¿Qué, ya más tranquila?

—Gracias... —dijo entre sollozos—. Gracias...

—No me des las gracias —dije—. Tu hija lo tiene todo: ¡buenas condiciones y actuaciones de prueba, y excelentes exámenes!

—Sé cómo funcionan las cosas hoy en día... Gracias, compañero de clase...

Metió la mano en el bolso y sacó un sobre.

—Compañero, aquí hay diez mil yuanes. Es poco, pero, por favor, invita de mi parte al señor Lu y a los demás a tomar algo...

Vacilé unos instantes.

—Está bien —dije—. Acepto.



MO YAN (Gaomi, Shandong, China, 1955). Cuyo nombre real es Guan Moye, es un escritor chino que nació en Gaomi, Shandong, el 17 de febrero de 1955. Su pseudónimo significa «no hables», en recuerdo a su infancia y a la Revolución Cultural maoísta, durante la que sus padres le dijeron constantemente que no hablara para no decir nada inconveniente.

Tras trabajar en una fábrica de petróleo, **Mo Yan** consiguió, alterando su certificado de nacimiento para tener edad suficiente, entrar en el Ejército Popular de Liberación chino. Siendo soldado empezó a escribir, y al conseguir un puesto en la Escuela de Arte y Literatura del Ejército, pudo dedicarse por completo a esta afición.

Se hizo conocido en occidente gracias a la adaptación de dos de sus novelas a la película **Sorgo rojo**, dirigida por Zhang Yimou, y reconoce estar influido por escritores occidentales, en especial **Gabriel García Márquez**, **Tolstói** y **Faulkner**, aunque se le conoce sobre todo como «*el Kafka chino*».

Fue candidato al **Premio Neustadt** de 1988 y al **Premio Man Asian** en 2007. En 2009 obtuvo el **Premio Newman de Literatura China**. Varias de sus obras fueron prohibidas en su país natal, de entre las que destaca **Grandes pechos, amplias caderas**, una visión de la historia china a través de los ojos de una mujer.

En 2012 recibió el máximo galardón de la Academia Sueca, el **Premio Nobel de Literatura**.

Obras

- *Sorgo rojo* (1987).
- *Las baladas del ajo* (1988).
- *La república del vino* (1992).
- *Grandes pechos, amplias caderas* (1996).
- *Shifu, harías cualquier cosa por divertirte* (1999).
- *La vida y la muerte me están desgastando* (2006).
- *Cambios* (2010).
- *Rana* (2011).
- *¡Boom!* (2013).

Notas

[1] «Derechista» es una de las «cinco categorías negras» (con los «terratenientes», «campesinos ricos», «contrarrevolucionarios» y los «malos elementos») a la que pertenecían los intelectuales que hubieran criticado de alguna manera la política del Partido durante el Movimiento de las Cien Flores (1956-1957), en que habían sido animados a escribir acerca de los problemas que observaran en la nueva sociedad. En su mayoría fueron purgados durante la Campaña Antiderechista (1957-1958). Muchos de ellos se vieron luego afectados por sucesivas campañas durante la Revolución Cultural (1966-1976). Una de las penas impuestas era la de reeducación por el trabajo: los detenidos eran enviados a granjas estatales u otros establecimientos penitenciarios para corregir su ideología. (*N. de la T.*) <<

[2] Jóvenes estudiantes enviados al campo a trabajar en comunas o granjas estatales durante la Revolución Cultural (1966-1976). *(N. de la T.)* <<

[3] Dos prestigiosas universidades Pekinesas, las más importantes entonces en la República Popular China. (*N. de la T.*) <<

[4] Escrita por el poeta y dramaturgo Tian Han en 1934 para una música compuesta por Nie Er, *La marcha de los voluntarios* se convirtió en el himno nacional chino el 1 de octubre de 1949. Tian Han fue detenido en 1966 por una obra de teatro considerada crítica con el régimen, y *La marcha* fue prohibida durante la Revolución Cultural. Se convirtió de nuevo en el himno nacional en 1978, con la letra modificada, y en 1982 con la letra original. Nie murió en Japón en 1934, en circunstancias oscuras. Tian Han murió en prisión en 1968. (N. de la T.) <<

[5] Cama de obra con un sistema de calefacción por circulación de aire caliente que, de día, con los edredones y almohadas doblados en un rincón, sirve para sentarse, hacer labores, jugar, etc. Es propia sobre todo de las casas rurales del norte de China. (*N. de la T.*) <<

[6] El equipo de producción al que pertenecía oficialmente Mo Yan en aquella época, en el sistema de comunas populares. Al estar trabajando en otro sitio, debía pagar una cantidad mensual a cambio de los puntos de trabajo que tuviera asignados. De esta forma mantenía el derecho a la ración anual de cereales que distribuía cada unidad a sus trabajadores en función de dichos puntos. (*N. de la T.*) <<

[7] Del mismo modo que había «cinco categorías negras», había «cinco categorías rojas»: campesinos pobres, obreros, mártires, soldados y cuadros revolucionarios. Los campesinos pobres eran los que no poseían tierra ni aperos y debían trabajar para otros; los campesinos medios podían subsistir por sus propios medios y se dividían a su vez en dos clases, de las cuales la medio-inferior correspondía a los más pobres. Ambas categorías constituían las principales fuerzas de la China revolucionaria rural. Esta clasificación de la población estuvo en vigor durante toda la Revolución Cultural y determinaba el lugar de cada uno en la sociedad, su acceso a los bienes, a los servicios, al poder. *(N. de la T.) <<*

[8] Nombre del ejército compuesto por fuerzas comunistas y nacionalistas que combatió contra el ejército japonés en 1937. (*N. de la T.*) <<

[9] Narración rápida y rítmica, medio cantada en versos heptasílabos —en este caso en dialecto de Shandong—, acompañada de claquetas de bambú o de cobre y de la gesticulación del actor. (*N. de la T.*) <<

[10] Según la creencia popular, el temblor de un párpado indica que algo malo va a suceder. (*N. de la T.*)<<

[11] Referencia a la reforma agraria que impulsó Deng Xiaoping para dinamizar el sector agrícola mediante un sistema de contrato familiar con remuneración en función del rendimiento. Cada familia era responsable de la producción de la tierra que arrendaba. El nuevo sistema sustituyó por completo al anterior, en que los campesinos trabajaban en las comunas populares a cambio de un pequeño sueldo y de suministros básicos como los cereales, el aceite, etc. *(N. de la T.)*<<

[12] El título hace referencia al 9.º día del 9.º mes lunar, o día del doble 9, o doble yang (por ser el día en que el yang está en su apogeo y a punto de ceder el paso al yin con el otoño y el invierno). Era el día propicio para la fabricación del aguardiente de sorgo, que es a lo que se dedican los personajes de la película. El título también hace referencia a una sangrienta batalla contra el invasor japonés que tuvo lugar en 1938, en Qingshakou (nombre que, por otra parte, evoca el verdor de las plantaciones de sorgo —*qing*— y las matanzas —*sha*— provocadas por los bandidos en ese desfiladero —*kou*—). (N. de la T.)<<

[13] Se trata del Año Nuevo chino, que se celebra el primer día de la primavera según el calendario lunar; suele ser a finales de enero o principios de febrero. Las personas que viven lejos de sus casas por trabajo o estudios aprovechan las vacaciones de Año Nuevo para ir a ver a sus familias. (*N. de la T.*)<<

[14] Sistema de fisiognomía cuya invención se atribuye al taoísta Mayi de la dinastía Song. (*N. de la T.*)<<

[15] Lei Feng (1940-1962): obrero y soldado modelo muerto a los veintidós años y utilizado por la propaganda comunista como ejemplo de persona entregada a los demás. Incluso hay un día de Lei Feng, el 5 de marzo, en que debe hacerse alguna buena acción. *(N. de la T.)*<<

[16] En el 206 a. C., Xiang Zhuang, primo del rey de Chu, atentó contra el rival de este, Liu Bang, entonces duque de Pei y futuro fundador de la dinastía Han lanzándole la espada con la que danzaba con ocasión de un banquete en su honor. *(N. de la T.)*<<

[17] División administrativa de origen manchú y todavía en vigor en Mongolia Interior, una de las cinco regiones autónomas de la República Popular China, que, como tal, tiene un estatus particular y sus propias divisiones administrativas; entre otras, las del nivel de un distrito: 21 sectores, 11 ciudades-distrito, 17 distritos, 49 banderas y 3 banderas autónomas (para las minorías étnicas *oroqen*, *ewenki* y *daur*). (N. de la T.)<<